

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL XIX, SOBRE USOS Y COSTUMBRES DE ALCALÁ LA REAL, DE MARÍA DEL PILAR CONTRERAS Y ALBA

Por *Manuel Urbano Pérez Ortega*
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

Resumen

Fecha en 1881, se recupera un manuscrito en el que se da pormenorizada noticia de tradiciones y leyendas, costumbres y usos de Alcalá la Real y sus aldeas, a los que la autora calificara en esa fecha de antiguos. Un texto que se nos ofrece como el más lejano testimonio decididamente etnológico de la provincia de Jaén, así como con el valor de ser el primer escrito conocido de la que luego sería prolífica escritora y que firmara como María del Pilar Contreras Rodríguez. El manuscrito queda anotado con un muy largo centenar de llamadas en las que, en busca de una también valoración literaria, hemos dado entrada a diversos escritos posteriores de la poetisa alcalaína; entre ellos, un poema jocoso que viene a darnos un nuevo y muy novedoso ángulo en su quehacer creativo. Por último, dejar constancia de que, por igual y en nota, incluimos un texto elegíaco e inédito de Antonio Guardia Castellano, cronista que fuera de la ciudad de la Mota.

I. BREVE NOTICIA DE LA AUTORA

NACIDA en el seno de una arraigada familia burguesa alcalaína, Pilar Contreras —Alcalá la Real, 12-X-1861—, así conocida entre sus paisanos, mostraría unas inclinaciones literarias y musicales precoces y desde la práctica niñez. En esta edad redactaría junto a su pariente, y luego cronista de la ciudad, Antonio Guardia Castellano, un periódico manuscrito (1) que intercambiaban con otro de igual índole escrito por estudiantes de la ciudad residentes en Granada.

Realiza estudios de Magisterio en Jaén, concurriendo a la Exposición Provincial organizada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la capital —1878—, con una tanda de valsos, «Castor y Polux», que merecieron ser premiados y los que son un digno anticipo de la, también, larga dedicación musical de la escritora. Durante su estancia en la capital funda un periódico, «La Verdad» (2).

Casa con Agustín Rodríguez Martín, igualmente alcalaíno y vice-cónsul del Perú, con quien tuvo cuatro hijos: Pilar, Pedro, Mercedes y Dolores. Aproximadamente desde 1890 residió en Madrid —si bien fueron constantes sus estancias y relaciones alcalaínas—, donde, según Caballero Venzalá (3), fallecería en 1930, ya ciega y tras padecer paulatina y gravemente la pérdida de visión desde su juventud. A raíz de su matrimonio suprimió su segundo apellido, tan sugerente (4), poniendo en su lugar el primero de su esposo, con el que firma y manda a imprimir sus obras, Rodríguez.

Numerosas son las colaboraciones en prensa, aunque sobre ellas hemos de destacar el periódico literario y pedagógico «El amigo del hogar»,

(1) *Leyenda y notas para la Historia de Alcalá la Real*; Impta. de la Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1913. Subrayamos que esta imprenta es la misma en la que la Contreras imprime la práctica totalidad de sus libros.

Remitimos al lector a las páginas 328-334, donde se ofrece la más amplia biografía de la autora hasta entonces realizada.

(2) De este periódico del que da noticia GUARDIA —pág. 329— no se conocen ejemplares ni ha sido recogido por CHECA, Antonio: *Historia de la Prensa Jiennense (1808-1983)*; Edit. Diputación Provincial, Jaén, 1986. En la capital figura impreso con el mismo título en 1892 un trisemanario, órgano romerista, dirigido por Antonio de la Rosa. Por último, signifiquemos que, si seguimos a Checa, en 1883, cuando Pilar cuenta veintidós años de edad, aparece en Alcalá la Real un periódico de idéntico nombre.

(3) *Diccionario Biobibliográfico del Santo Reino*, tomo II, pág. 309 y sigs., Edit. I.E.G., Jaén, 1986. Remitimos al lector interesado a estas páginas, esenciales para adentrarse en el estudio de la alcalaína.

(4) No somos nada dados a disquisiciones líricas, de aquí que nos llamara la atención la presencia de la Aurora, los luceros, etc., en su obra.

que dirige y edita en la capital de España; si bien no hemos de olvidar que sus colaboraciones figuraran, entre otros, en los giennenses «La Lealtad», «La Regeneración» y «El Pueblo Católico»; en los alcaláinos «La Prensa», «La Voz de Alcalá la Real» y «El Sector Alcaláino»; «Distrito», de Aracena; «Reflejos», de Granada; en los madrileños «La moda elegante», «El nuevo mundo», «Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes», «El Heraldico», «La correspondencia de España», «Revista Ibero-Americana», «El País», «La Ilustración Española y Americana», «El Liberal», «Álbum Ibero-Americano», «El diario universal», «El Cuento Semanal», «Blanco y Negro», «Crítica» y la revista «Unión Ibero-Americana»; en «La voz del pueblo», de Alcalá de Henares; «El buen consejo», de El Escorial; así como en los barceloneses «Feminal» y «Las Noticias», como en el bonaerense «El eco de Galicia» (5).

(5) Puede ser de interés para el investigador conocer que en la Biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses existe una carpeta, la que fuera de María del Pilar y donde ella fue coleccionando —si bien faltos de toda referencia— poemas suyos aparecidos en prensa, alguna crítica y hasta inéditos, caso del siguiente autógrafo: «Poesía de Salvador Rueda y parodia de María del Pilar Contreras», que dedica «a mi amigo D.J.R.». A la vez que adhiere un recorte del poema del de Benaque, escribe un largo poema de noventa versos en el que, con no poca gracia y desenfado, ofrece ciertas burlas de sorprendente final que parten de «El Domingo de Ramos.—A mi madre», del poeta modernista y el que creo debe ser recogido aquí por cuanto muestra un vector hasta ahora oculto de la alcaláina, a la vez que roza el tema de este artículo. Por último, significar que, si bien en la portadilla en la que se encuentra el texto manuscrito figura el título indicado, en su interior y como encabezamiento aparece el que se nos ofrece como más propio:

«A mi abuela. Himno de amor»

«La abuela; la abuelita que mis rosados días / cercó de luminosas e ingenuas alegrías / e inerme por los años reposa en su sitial, / sintiendo el regocijo de popular verbena / con voz que en mis oídos como un laúd renace / pidió que a la verbena la fuera a acompañar.

Desceñí de su cuerpo la oscura vestimenta, / lavé con fina esponja la cara macilenta, / con decidida mano un viejo arcón abrí, / en cuyo oscuro fondo que aroman los membrillos / se guardan cual reliquia los ropajes sencillos, / que rico ornato fueran de su risueño abril.

De allí salió flamante la falda acrisolada, / la hueca y refulgente enagua almidonada, / que sonoros ruidos produce al andar, / y la media de seda, y el cerrado corpiño / y el pomito de esencia y las perlas de armiño / y el anillo de boda y el sutil delantal.

Del viejo arcón salieron detalles peregrinos, / el mantón de Manila recamado de chinos, / y de flores vistosas y de fleco gentil, / los zapatos de hebillas y las dos arracadas / que al hallarse de pronto en orejas colgadas / lo mismo que unas locas se echaron a reír.

De su pelado cráneo sobre la cumbre escueta / afiancé como pude la histórica peineta, / orné la sucia crencha con hilos de coral / y rodé su busto con mantilla de encaje, / de cuyas ricas ondas los albos empumajes / envolvieron la curva de su espina dorsal.

Con temblona mano y entre caricias tiernas / le ajusté rojas ligas a las eburneas piernas, / le calcé los zapatos de hebillas de zafir / y contemplé el vistoso atavío de maja / poniéndole a una liga la brillante navaja / para darle un mandoble al primer mandrín.

Toda una larga y constante dedicación periodística a la que ha de sumarse su entrega a la música, destacando en esta última faceta el «Álbum Musical de Canciones Escolares», declarado por Real Orden de utilidad pública (6), o los seis volúmenes de su «Teatro para niños» (7), los que contienen un gran número de obras. A estos trabajos hay que agregar «trece partituras para el teatro grande, con letra de escritores de nombradía; figurando entre ellas la zarzuela en tres actos «La Virgen del Torrente», admitida en el teatro lírico de Madrid y puesta en ensayo en Badajoz y Zaragoza, por la compañía de ópera dirigida por don Pablo López, no llegando a extrenarse» (8). Si debió extrenarse, según Caballero Venzalá, su zarzuela «La

Su mano marfileña coloqué en su cintura / formando airosa onda que en clásica figura / transformó de mi abuela la efigie secular; / de su desierta boca el cerco ya incoloro / se animó vagamente con un reflejo de oro / al surgir la sonrisa con un iris de paz.

Y al contemplar gozoso a mi adorada anciana, / tan llena de donaire, tan chula, tan barbiana / de galas y de joyas envuelta en el fulgor, / formé una bella urdimbre de frases lisonjeras, / que en mis labios reían como notas parleras / y en mis ojos rielaban como rayos de sol.

Salimos a la calle; y al salir yo recelo / y mi bella ancianita se acordó de mi abuelo, / pues de su azul pupila al velado trasluz / adivinó dos perlas, dos perlas congeladas, / que al impulso de un recuerdo salieron escapadas / cayendo por su rostro como un chorro de luz.

Salió el sol para verla; a la Iglesia cercana / rebotante de gozo resonó la campana; / un toro que pasaba me la quiso embestir: / niños, hombres, mujeres, al verla se hacían cruces, / las gentes se paraban ante el traje de luces / clamando ¡Ole la abuela!, que vale un potosí.

Pendiente de mi brazo llevela sonriente / a la alegre verbena: al respirar su ambiente / saturado de aromas de albahaca y de azahar / y al tender por su espacio la olímpica mirada / tomo vuelo en el aire la enagua almidonada / como una onda de vida que se le comienza a hinchar.

Y oyó el pregón sonoro de nueces y barquillos / y oyó el sonar riente de sendos organillos, / y oyó cantar los ciegos; y con delicia oyó / la voz de un rapazuelo que anuncia mercancía / en un canto ondulante que al viento desafia / lanzándose al espacio como un himno de amor.

Llegamos al colmado de gente rebotante, / en vetustas sartenes aceite chispeante / áureos churros doraba con su bullente hervir; / mi idolatrada abuela comióse sin recelo / tres docenas y pico de espléndidos buñuelos / que a pares los cogía con dedos de marfil.

Cuando mi tierna abuela ya se encontraba ahita / de aquella corruscante y flegil masa frita, / que dejó tan repleta su parte abdominal, / con ademán resuelto apuró diligente / tres litros bien colmados de insólito aguardiente / en la copa bohemia de refulgido cristal.

Mas de pronto una sombra en su frente perlada / hizo tornar sombría la olímpica mirada, / como si se envolviera en los pliegues de su tul; / de la crencha ondulante se escapó la peineta, / y se le fue una pluma —cual mariposa ingrata— / de su lindo abanico de plumas de avestruz».

(6) Edit. Caso Dotesio, Madrid, 1905.

(7) Impresos en Madrid entre 1910 y 1917, en la Impta. de A. Álvarez.

(8) GUARDIA CASTELLANO: *Op. cit.*, pág. 329. Creemos que, incorrectamente, Caballero —*Op. cit.*, pág. 309— califica de ópera a «La Virgen del Torrente».

ciudad del porvenir», en 1906 y con gran éxito (9); igualmente, según este autor, compuso la música de otra zarzuela de costumbres andaluzas «Entre castaños», con letra de Pérez Giralda y Antonio Vázquez, al que luego la Contreras dedicaría un poema como «cantor inspiradísimo de la Serranía de Huelva».

A lo reseñado en este ámbito ha de unírsele «Ensayo General», sainete lírico estrenado el día 15 de agosto de 1911 por las alumnas del colegio madrileño de María Inmaculada (10); «Niños y flores», zarzuelita en un acto y en verso para párvulos, estrenada en el anterior colegio en junio de 1913 (11); «Los caprichos de Doña Casimira, o las tres apariciones», comedia lírica en tres actos (12); «Muñecos y muñecas, o las niñas en el bazar», zarzuela en un acto y en verso (13); o «Qué cosas tienes, Benita», juguete cómico lírico (14), y otras de las que sólo tenemos mera noticia, como puede ser la revista musical «La insurrección de la Huerta».

Por esta su labor artística fue premiada en varios concursos. «Para el centenario de la publicación del Quijote escribió un hermoso himno y el dedicado a los héroes de la Independencia y ejecutado en actos públicos por los alumnos de la Escuela Práctica Graduada de la Normal de Madrid, mereció grandes elogios. Entre sus composiciones de esta índole podemos citar sus himnos: “La Caridad”, hecho para los asilados de Santa Cristina, “A la Patria”, “A España”, letra de Carolina de Soto y Cerro —su muy habitual colaboradora—, “A Cervantes”, “Al Trabajo”, “A la Agricultura”; el himno “Alfonso-Victoria”, fusionando la marcha Real española y el “Himno Inglés”, y el dedicado a la Reina Madre con motivo de una fiesta celebrada en el asilo de Santa Cristina, que le valió una entusiasta felicitación de la Augusta Señora a presencia de todos; el dedicado a San Francisco de Asís y últimamente el “Himno a Villacarrillo”, para la inauguración del grupo escolar. La señora Contreras de Rodríguez obtuvo un primer premio

(9) Es raro que esta obra se le escapase a Guardia Castellano y que tampoco figure en la larga relación que contiene el artículo de Rafael S. Aroga, publicado en «Las Noticias» de Barcelona con motivo de la aparición de «Entre mis muros» —1902—, y que, posteriormente, fuera reproducido por Guardia.

(10) Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1911, su edición en libro.

(11) Impta. Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1914, su edición en libro.

(12) Editado en libro, como los anteriores, en la Imprenta de la Viuda de Antonio Álvarez, Madrid, 1917.

(13) Posteriormente impreso en Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1917.

(14) Editado en libro en la Imprenta de la Viuda de Antonio Álvarez; Madrid, 1917.

de composición musical en el concurso de orfeones infantiles organizado por la Campaña de Urbanización de la Ciudad Lineal en 1908» (15).

A estos galardones musicales hemos de sumarles los poéticos, tales como el obtenido, en 1909, en la Real Sociedad Económica de Granada; en el año siguiente, 1910, alcanzaría premio en certamen del Liceo Artístico de la misma ciudad; en los juegos florales de Pontevedra, 1913, por su soneto «Me he decidido a ser cantor»; también en los juegos florales de Cartagena en 1913, así como, en la misma ciudad y 1916, en el certamen convocado por la Cruz Roja Española (16); premio, en 1914, en el concurso de la Congregación de los Luises, ubetense, por el poema fechado en Alcalá en septiembre de ese mismo año, «A Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Ubeda». Al año siguiente, 1915, obtiene premio en Córdoba; igualmente, con anterioridad, fue premiada en concurso convocado por «El Heraldico» y del que desconozco las características y fecha. En definitiva, toda una serie de galardones de muy diverso valor y a los que pondrá broche la concesión de la Cruz de Alfonso XII, en 1919, y que le fuera sufragada por suscripción popular abierta en Alcalá la Real.

Es de justicia señalar, asimismo, que fue autora de obras teatrales en prosa o verso y de diversos libros de poesía, de los que, en alguna medida, nos ocuparemos a lo largo de este ensayo (17), por lo que no finalizamos aquí la bibliografía de la escritora alcalaína; como por igual somos conscientes de no haber agotado su perfil biográfico, el que podemos concluir con el soneto que intitulara «Autobiografía» (18):

Fue tierra de Jaén mi cuna amada;
nacé poeta, por rigor del hado,
y sí el cielo con gracia me ha otorgado,
no me sirvió en la vida para nada.

Siempre tuve muy alta la mirada;
jamás la vil lisonja he mendigado,
y el arte al que con fe me he dedicado

(15) GUARDIA: *Op. cit.*, pág. 329.

(16) Impreso en Viuda de Antonio Álvarez, Madrid, 1916.

(17) De algunos ofreceremos su correspondiente papeleta bibliográfica en el momento de tratarlos. Remitimos al lector interesado en conocer su extensa bibliografía al citado *Diccionario* de Caballero.

(18) Este soneto ha sido publicado en bastantes ocasiones, siendo la primera, que sepa, en su poemario «Mis distracciones» -1910—, el que, por cierto, se cierra con una larga e interesante serie de juicios críticos sobre la autora.

fue la alegría de mi vida honrada.
 Aún ignorada sigue la *obra mía*;
 me agito en un ambiente de poesía;
 me llama el arte con divinas voces,
 y hallé tras mi trabajo, harto infecundo,
 todas las injusticias... en el mundo;
 y dentro de mi hogar... ¡todos los goces!

II. EL MANUSCRITO

Hace casi tres años que adquirí en Madrid y para la entonces Biblioteca y Centro Documental de Temas y Autores Giennenses, hoy nutriente de la biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses, una serie de periódicos y libros que, a todas luces, era el resto de la que fuese biblioteca particular de María Pilar Contreras (19). Entre el fondo, una serie de 20 cuartillas manuscritas por ambas caras y cosidas con hilo doméstico en sentido horizon-

(19) Entre éstos, la obra que venimos citando de Guardia y que, como ejemplar número 86 le dedicara «a la insigne poetiza (sic) Alcaláina D.^a María del Pilar Contreras de Rodríguez, con la expresión leal y sincera de la admiración y cariño de su primo el autor». Consignemos algo curioso: el manuscrito contiene tres tipos de letra, siendo autógrafa del autor nada más que la firma.

También contamos con un ejemplar de «Tradiciones Populares» —Impta. Las Mercedes; Alcalá la Real, 1931—, que se abre con dos cuartillas unidas y las que contienen un largo poema mecanografiado con la firma autógrafa de Guardia Castellano; un emotivo texto de escaso valor literario, puro rimero, que reproducimos, más que por estar inédito, en atención al testimonio de afecto que irradia:

A don Agustín Rodríguez Martín y a la memoria de su difunta esposa doña Pilar Contreras.

«Querido primo Agustín: / al dar de nuevo a la estampa / hoy otro libro encargado / de evocar las memoranzas / y difundir entre el pueblo / las victoriosas hazañas / y tradiciones guerreras / de la Alcalá siempre hidalga, / solar de nuestros mayores / y orgullo de nuestra raza, / creo cumplir con un deber / remitiéndote a tu casa / este Ejemplar dedicado / a tu amistad leal y franca. / Mas ¡ay! que al cojer la pluma / para escribirte esta carta, / siento que me tiembla el pulso / y se extremece mi alma, / y que flota en el espacio / la sombra bendita y santa / de aquella Doña María / del Pilar Contreras Alva, / tu noble y llorada esposa / y mi prima idolatrada, / cuyo genio esclarecido, / pregonado por la fama, / de eminente pensadora / y poetisa laureada, / acogía siempre mis libros / con sus bondades innatas, / fortaleciendo mi espíritu / y alentando mi esperanza. / Por eso al gravar (sic) su nombre / más que con tinta con lágrimas, / en esta dedicatoria / flota como una plegaria, / reflejo fiel de los votos / con que postrado ante el ara / de nuestra madre bendita / y Patrona sacrosanta / la Virgen de las Mercedes, / elevo a Dios por su alma.

Perdonad, amigo mío, / si mi pluma tributaria / a la sagrada memoria / de aquella mi prima hidalga / que alla en los pasados tiempos / honró mi hogar con su estancia, / va a renovar los dolores / que hoy flotan sobre tu casa, / y cuenta con el cariño / de tu primo Antonio Guardia».



tal. El título originario que las encabezaba era el de «Descripción y costumbre de algunos pueblos de Andalucía», si bien la autora lo tachó, con posterioridad y certero criterio, para rotularlo de forma más correcta: «La andaluza: Costumbres de Alcalá la Real (Jaén)». La autora firma en la última página: «María del Pilar Contreras y Alba», y féchalo en «Alcalá la Real, 15 de mayo de 1881».

Estamos, por tanto, ante el primer texto redactado por su autora de los hasta ahora conocidos, lo que viene a confirmarnos su temprana vocación literaria; así como, lo que nos resulta de mayor interés, ante el documento etnológico sobre Alcalá la Real más antiguo. Y no sólo le cabe este último privilegio, sino que, aparte de páginas costumbristas literarias, bien puede ser estimado por la única redacción de la provincia que hasta su fecha se lleva a término con el exclusivo propósito de recoger de modo global las antiguas costumbres de un pueblo jaenés.

El manuscrito, que se conserva en la indicada biblioteca (20), lo publicamos íntegra y literalmente, si bien hemos cuidado la ortografía (21) y, en contadísimas ocasiones y siempre que fue necesario para esclarecer algún pasaje oscuro, los signos de puntuación. Mínimos toques que nada restan a un texto perfectamente estructurado y el que, aunque está concebido como un relato eminentemente literario, puede decirse que parece responder de pleno a una encuesta previa en la que se le solicitase información sobre temas más amplios que los usos y costumbres alcalaínos de matrimonio, nacimiento y muerte. Mas aún, en este ámbito podemos tenerlo por todo un prototipo, ya que contiene la misma forma —comenzando por la historia del pueblo— que la encuesta realizada en los años treinta y entre los alumnos de las Escuelas de Magisterio de España (22). Por cierto, de éstas aún se encuentra inédita la interesantísima de María del Rosario Muñoz González, «Costumbres de Sierra Segura», que viéramos en la Biblioteca del Museo del Pueblo Español en Madrid.

Pero este tema requiere un nuevo apartado.

(20) Registro C. 3581/1.

(21) Insistimos, escasas inversiones entre uves y bes, jotas y ges, ó eses y equis.

(22) En gran mayoría fueron fuente para el «Manual del Folklore» de Luis de Hoyos Sáinz y Nieves de Hoyos Sancho, Edit. Istmo, Madrid, 1985.

III. LO ETNOLÓGICO EN LA OBRA DE MARÍA DEL PILAR CONTRERAS

Si bien está pendiente un análisis en profundidad de la amplísima, dilatada y varia obra de la alcalaína —periodismo, música, teatro en prosa y verso, relato, poesía y pedagogía—, puede asegurarse sin mayores riesgos y desde un inicio el apego de la autora hacia ciertos aspectos de lo popular, como lo evidencian sus zarzuelas y, muy concretamente, la de costumbres andaluzas «Entre castaños». Y esta misma inclinación podemos verla subrayada si observamos su vertiente de creación poética. Ciertamente es que la Contreras realiza una poesía intimista atravesada por la niebla agrídulce de las añoranzas; pero no menos cierto es que, aquí, en sus continuos testimonios de vida, en la constante rememoranza de las tierras de nacimiento y de una juventud que intuimos mucho más alegre que la madurez, es donde rebrincan de modo constante, una vez y otra, numerosas informaciones, más o menos amplias, sobre temas de incuestionable interés para conocer los antiguos usos y costumbres de Alcalá la Real. Como luego veremos, no es una poeta dialectal ni costumbrista, salvo en algún caso aislado; pero sí estará redobladamente presente su pueblo como constante de inspiración lírica.

Desde su primer libro, «Páginas sueltas» (23), es apreciable cuanto digo. Así, comienza por estar dedicado a la Virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad, y, tras un buen haz de poesías de anclaje alcalaíno, concluye con una serie de composiciones: «Recuerdos de mi patria», entre las que figuran temas tan sugestivos para lo que nos ocupa como «El Castillo de Benzaide», «Las Cruces», «La Aurora», etc.

Lo mismo ha de decirse de su siguiente entrega, «Entre mis muros» (24), con poesías tituladas «De mi tierra. Añoranzas», «En sus campos», etc. Igual constante puede observarse en el que le sigue, «Mis distracciones» (25), con una parte titulada «De mi tierra», la que dedica a su primo y cronista local Antonio Guardia Castellano y la que contiene poesías de gran interés para nuestro trabajo como «A la Virgen de la Aurora que se venera en la Iglesia de la Caridad».

Constante que, por igual, afluye en sus dos últimos libros: «A través de mis lentes» (26) y «De mis Recuerdos» (27). En el primero, de menor

(23) Impta. Antonio Álvarez, Madrid, 1903.

(24) Impta. Antonio Álvarez, Madrid, 1907.

(25) Impta. Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1910.

(26) Impta. Viuda de A. Álvarez, Madrid, 19012.

(27) Impta. Viuda de A. Álvarez, Madrid, 1915.

interés, podemos encontrar «La Prensa de Alcalá la Real», o la «Ofrenda» que la poetisa leyera en su ciudad —1-I-1912— y en una función teatral benéfica. Mucha mayor atención nos reclama el último, que dedica íntegramente a Antonio Guardia y el que, además de contener varios poemas en los que se ocupa «De la vida provinciana», contiene toda una sección «Campos de la Rivera», en la que recuerda sus vacaciones y la vida en la aldea y el desaparecido balneario de ese nombre. Por si fuera poco, el libro concluye con una amplísima serie de «Semblanzas Alcalaínas».

Siempre recuerdos, vivencias, añoranzas de la tierra natal inundan, como savia nutricia, la poesía de María del Pilar, la llenan de vida, le prestan alas; siempre, salvo en un caso concreto, en el que la autora precisa, ante todo, narrar, como bien claro lo dice el propio título: «Romance descriptivo de la Romería anual al Santuario de la Virgen de la Cabeza», el que se nos viene, desde la misma y expresa confesión de su autora, como compendio de las ya antiguas costumbres de los alcalaínos en la citada romería, amén de lo que acaecía en la propia Andújar y en el Cabezo, interesantes parcelas estas últimas de las que, aquí y desgraciadamente, al no ser tema propuesto, no nos ocuparemos (28).

Por último, un dato de interés que ha sido puesto de relieve recientemente por Ignacio Ahumada (29), quien asegura que, *stricto sensu*, la Contreras no puede entrar dentro de la poesía dialectal giennense; aserto que comparto plenamente y al que Ahumada llega tras analizar las dos únicas poesías conocidas de este tipo de María del Pilar, y las que publicara en «Mis Distracciones» (30).

(28) Esta obra, frente a lo que asegura Guardia Castellano, no obtuvo premio. Ofreceremos su papeleta bibliográfica luego, cuando nos ocupemos del poema con mayor interés.

(29) En *Senda de los Huertos*, núm 28, pág. 87 y sigs., Jaén, octubre-diciembre de 1992.

(30) «Si mantenemos inflexible nuestro criterio, la "Casta" no habría bastado para incluirla como poetisa dialectal, ya que sus datos se limitan —al igual que no pocos poetas de su generación— al uso de los cuatro vulgarismos más generales del español hablado. Las razones, por tanto, que me asisten para contar con esta prolífica alcalaína, aún siendo excepcionales, creo que justifican sobradamente el comentario. "Dende Madri" es una imitación formal de las poesías murcianas de V. Medina, el poeta por excelencia de la Huerta, y como tal imitación intenta reproducir sin conseguirlo el dialecto de la región:

¡Cómo t'hecho e menos, nenica e mi alma!
 ¡Qué triste es la Corte! ¡Qué alegre es mi tierra!
 ¡Cómo t'hecho e menos en estos madriles,
 ande estoy pasando la penica negra!

No dejando de ser paradójica para el dialectólogo la actitud de Contreras; cuando su fina sensibilidad nos hubiera proporcionado un documento de extraordinario valor sobre el español hablado en Jaén (...). En ambas composiciones Contreras acude a la epístola, recurso que per-

IV. LA EDICIÓN

Bien podría haber indicado en este lugar buena parte de lo dicho en el punto segundo, cuando nos ocupáramos de las características del manuscrito. Por ello, a la vez que nos remitimos a lo ya expresado, queremos hacer hincapié en que recogemos de modo íntegro el texto original. Con esta decisión, y ello no se me escapa, ofrecemos, quizás, un texto excesivamente prolijo y con pasajes de escaso o nulo interés en el ámbito etnológico. Si lo reproducimos en su totalidad, no es sólo por rescatar un texto literario de evidente valor, sino, ante todo, por los datos que aporta muy especialmente al campo de la historia, y más concretamente, en el espacio del pensamiento y la liberación femenina.

Por último, indicar que somos conscientes de la, tal vez, excesiva aportación de textos literarios de la Contreras en los comentarios que efectuaremos a pie de página; pero, no sólo ha sido imposible resistir su aportación como testimonio, sino que, muy al contrario, nos ha dolido cercenarlos, pues, sin lugar a duda alguna, nos parecía que, a la par que mutilábamos lo que ya puede servirnos de documento etnológico, truncábamos la imagen poética de la Contreras que, si bien de modo tangencial, he querido ofrecer a la par.

Más, por cuanto podamos decir, quede el texto de María del Pilar.

mite amplias posibilidades en el plano dialectal (...). La "Carta de Jaén" es un divertimento poético de Contreras con ráfagas de exaltación patriótica:

En embestida furiosa
siega la mala semilla;
¡y venga en lucha animosa
tanta sangre generosa
como se vertió en Melilla!
Y si llegáis a esaltar
la cima del Gurugú...
José, te quiero encargar
que el primerico seas tú,
¡el primerico seas tú!

Y del que no merecen destacarse las notas dialectales que recoge la poetisa de Alcalá la Real.

La imitación "Dende Madri" —con algún destello de lírica popular— no deja ser otra cosa que la insistencia machacona en aquel rasgo que para Contreras resulta más distintivo en murciano, como podía incurrir con la aspiración de la *s* implisiva en el español meridional. En el caso que nos ocupa, Contreras abusa del diminutivo *ico*, de clara ascendencia aragonesa (...). Al anotar "Dende Madri" tropiezo con "cantarillo chiquito y manero", y no me resisto a dejar de señalar esta perla del léxico giennense en el poema. *Manero*, fácil de manejar, consta hoy como adjetivo poco usual, cuando en Jaén mantiene plena vigencia, bien que siempre empleado precisamente con el diminutivo que Contreras tanto destacó: *tenazas manericas*.

La Andaluza. Costumbres de Alcalá la Real (Jaén)

Ha dicho con éstas o parecidas frases un escritor, que para conocer a qué altura se halla la política y moral de un pueblo, es necesario saber en qué estima se tiene a la bella mitad del género humano, qué consideración goza, y qué derechos se le conocen. Y es una verdad innegable.

Ella nació, para ser útil al hombre, ella es la llamada a endulzar sus horas de amargura, porque Dios la crió para ser la amorosa compañera de su vida. Si lejos de prodigarla con afectos dulces, tan gratos a su impresionable corazón; si lejos de conocerle cariño y ternura, se la envilece con un trato miserable y grosero, se la despoja de sus legítimos derechos y aspiraciones en la sociedad... como consecuencia inmediata de tan inicuo proceder, se adulteran sus buenos instintos, se debilita su entendimiento, se agosta su corazón, se desnuda su alma de las más bellas y generosas aficiones, y entonces ¿qué puede esperarse de la mujer sino abusos y males, y la propia abyección del hombre que la ultraja, cuando apoyarla debiera?

Las mujeres, sin embargo, en tiempos no muy remotos, eran mucho menos consideradas que hoy, en que gracias a la marcha del progreso, admiramos los adelantos de la época, lo que nos prueba que nuestros antepasados al obrar de un modo tan tiránico con la mujer, estaban regidos por la estupidez y la ignorancia, teniendo por lema o distintivo más bien la materia que el espíritu. Y en efecto: el hombre avezado a las fatigas de la guerra, en su indomable orgullo, en su delirio ciego, creíase superior a la mujer, puesto que careciendo ésta de aquellas fuerzas físicas, no la concedía y, por lo tanto, no la apreciaba, ni la fina inteligencia, destello de Dios; ni la tierna sensibilidad esencia de su ser, ni esa alma grande y sublime, capaz del heroísmo, que de igual manera penetra en el ancho campo de la ciencia, que desciende a la choza del mendigo, llevando el consuelo, la vida, la esperanza al que quiere bajo el peso del infortunio. ¡Ay! en vano se esforzaba, ¡pobre mujer! por demostrar en todos tus actos las bellísimas virtudes con que su alma estaba enaltecida. La educación era pobre, mezquina, precisando siempre ahogar los impulsos de su noble corazón. Era en fin considerada como objeto de inmundas mercancías, sufriendo la esclavitud, el desprecio y a veces hasta el martirio y la muerte. ¡Ah!, no pensaban nuestros antepasados al obrar de este modo con la mujer, que era por dos veces nuestra madre; que estaban ligados a ella con los más tiernos e indisolubles lazos por la mano del Todopoderoso; que era la verdadera hija de Dios como la llama el Abate Constan, y que Nuestro Señor Jesucristo, el Dios Hombre, también participaba de la naturaleza de la mujer. Si ésto hubieran

pensado por un momento, seguro es que al brotar de sus labios palabras ofensivas para el ser más privilegiado de la creación, hubieran también sentido desgarrada el alma por el más cruel remordimiento.

Pero gracias a las doctrinas por Fenelón propagadas, lejos de seguir la mujer ocupando un tan ínfimo lugar, al despuntar los primeros albores de la civilización; al llegar suavizando las costumbres con sus divinas máximas el genio del Cristianismo, concediéronse a la mujer algunos aunque insignificantes derechos, y algo adelantóse en la educación, hasta entonces tan descuidada. Desde ese dicho tiempo, indudablemente, empezó a cambiar la faz de las naciones; las costumbres sufrieron una metamorfosis completa, y se vio a la compañera y no esclava del hombre, libre de las trabas vergonzosas a que la sujetaran sus tiránicos opresores; ya no se arrastraba cual miserable reptil a los pies de su Señor; ni sumida en la más degradante abyección, sufría los malos tratamientos; sino que obediente y dulce, sumisa y tierna a la par, veía en el hombre su escudo y amparo sobre la tierra, el ser a quien estaba obligada a prodigar toda clase de atenciones y cuidados.

Hoy aunque no colocada en el lugar que le corresponde, la mujer en España se estima al menos, pues que no se tiene en tan humillante inferioridad; si bien vemos que en Alemania e Inglaterra se engrandece mucho más, pues en ambas partes tienen entrada en las aulas no así entre nosotros, que esta medida se controvierte de una manera acalorada. Resta bastante aún para que en la patria de Cervantes sea la educación de la mujer lo que debiera; sin embargo que hay opiniones (reminiscencias de los tiempos antiguos) para que se reprimiera en aquella, esa parte de adorno que tanto las embellece y que consiste en la música, pintura, baile y algo de poesía; adornos que si no constituyen el valor intrínseco de una completa educación son al menos sus bellezas exteriores y que conducen a formar en la mujer su ángel, un ser sobrenatural. Por último, lo repito, con profundo pesar; la mujer no se considera como es debido, pues privándola de la educación base la más firme de su felicidad, se le niegan sus justos derechos, injusta causa que comprueba tal proceder. Pero dejémonos de disgresiones que sólo sirven para prolongar los desaliñados períodos de este artículo, apartándome del verdadero asunto que a tratar voy, sin yo misma darme razón de ello y dirijámonos a la bendita porción de tierra que llaman Andalucía, ya que las nueve hermanas (31) nos dan poder, o mejor dicho, alas, para cruzar el globo en un momento si satisface a nuestros planes, sin tener que

(31) La autora, evidentemente, cae en un error, ya que nunca fueron nueve las provincias andaluzas.

pedir permiso y otras impertinencias, aunque para ver cumplidos nuestros deseos, se vea mi apreciable lectora, en la necesidad de seguirme, ofreciéndola yo en cambio de su paciencia y finura; dándola a conocer siquiera de una manera imperfecta y pálida, las costumbres antiguas y modernas, los usos más principales y carácter más general de estos pueblos que viven por desgracia en el más lamentable olvido, así como las consideraciones que en ellos goza la bella mitad del género humano. Probemos, pues, a dar una sencilla idea, un fiel retrato sin pasión ni exageraciones de las hijas de la pintoresca Bética, de la tierra de María Santísima (como la llaman sus enamorados), y sobre todo de la provincia de Jaén. Son al par de sencillas y cándidas, tiernas y virtuosas; su carácter es alegre, como el sol vivificante que las alumbró; ligeras, delgadas y airosas, tienen un porte sencillo y elegante; extremadas en sus afectos, cuando quieren son apasionadas; cuando aborrecen son temibles; rien o lloran con la misma facilidad, porque su corazón es susceptible a toda clase de emociones. La generalidad son morenas; siendo éstas las que llevan la batuta, pues las creen en posesión de muchas más gracias y atractivos que las rubias (ésto no deja de ser una suposición quizá sin fundamento) de tan agradable y variada conversación, tan esmaltada de frases satíricas e ingeniosas, tan lleno de expresión y fuego su lenguaje, que al relatar la historia de sus amarguras o alegrías, transportan el sentimiento que expresan con tanta verdad y elocuencia, al corazón de quien la escucha. No pueden llamarse hermosas, la generalidad de las giennenses, porque en verdad, no están enaltecidas con dotes físicas que caractericen la hermosura; pero en cambio y como suplemento de ésta, tienen una gracia tan natural, un no sé qué que atrae y subyuga, que arroba y fascina; su medianía, pues, es doble más encantadora que la típica hermosura, a veces insípida y desabrida cuando no va acompañada de otros atractivos. Hay tanta luz en sus ojos, tanta vida, tanta animación en sus inimitables movimientos, en sus exagerados ademanes; encanto tal en sus carmíneos labios, siempre abiertos por el dulce impulso de arrebatadora sonrisa, que sería difícil, si no imposible, hacer de ellas una pintura exacta. En medio de su especial gracejo, tienen un corazón tan sensible, que la más leve cuita las impresiona y resalta. Finalmente, si fuera dado hacer una recopilación de todas sus bellezas, sería necesario escribir todo un poema. (No se crea por ésto que todas son iguales) hablo en tesis general, pero fácil es de comprender que en ésto como en todo hay una excepción. Las aldeanas o campesinas, aunque más rudas en su trato y más toscas en sus costumbres, poco se diferencian de las que habitan en la ciudad, sólo que éstas como hemos dicho son delgadas, aéreas, y aquellas a causa del trabajo material a que se entregan, son gruesas, rollizas, influyendo en parte su ejercicio activo,

para su más pronto y perfecto desarrollo. El carácter del hombre es alegre y fresco; a juzgar por su gracejo, el cielo de su ventura, nunca se ve empañado por las más ligera nube; en las situaciones apremiantes, en los momentos críticos, se muestra más alegre y decidido; cuando quiere conseguir algo, aunque para su efecto se interpongan los mayores obstáculos, lo consigue, y en estos casos es precisamente cuando el andaluz despliega toda su elocuencia y persuasiva. Si ama de veras, es constante; pero ¡ay! ¡son tan pocas las mujeres que de veras aman!

Ya he formado, aunque a grandes rasgos, el bosquejo de las mujeres andaluzas de la provincia de Jaén; ahora se hace ya preciso entrar en la descripción de uno de sus pueblos que es el del que nos proponemos hablar, retratando sus costumbres ya en los tiempos que pasaron ya en los presentes; sígueme amable lectora y penetraremos en él.

En el límite de las provincias, Granada, Córdoba y Jaén existe la ciudad de Alcalá la Real. Ocupa su término una extensión o superficie de más de veinte leguas cuadradas (32), y casi en su centro está enclavada la anti-gua Évora Cerealis (33), Silla Episcopal en tiempos de Romanos (34); las-Alquilache (35) y Castillo de Aben Zayde (36) en la dominación árabe, y

(32) Concretamente, 269,96 kilómetros cuadrados.

(33) En efecto, como Ebury o Ebury Cerealis se denomina en los textos clásicos.

(34) Al parecer, la autora mantiene, lo que, entre otros, sostuvo Ramón Buldet en su «Historia de la Iglesia en España», quien anota que al concilio de de Elvira, año 301, asistió Quinciano, y al celebrado en Mérida, 606, Pedro, ambos obispos de Ebury Cerealis. Datos totalmente erróneos, puesto que jamás fue Alcalá la Real sede de silla episcopal como ha sido reiteradamente demostrado.

(35) María del Pilar Contreras, como luego lo harían Guardia Castellano y tantos otros autores alcalaínos, sigue la farsa del morisco granadino Miguel de Luna, según el cual el rey de Granada mandó edificar en aquel lugar un castillo y, habiéndolo concluido de labrar, púsole por nombre Hezn Alquilab.

Como ha sido puesto de relieve por CANO ÁVILA, Pedro: —*Alcalá la Real en los Autores Musulmanes*; págs. 7 y sigs. Edit. Diputación Provincial, Jaén, 1990— la ciudad recibió, sucesivamente, varias denominaciones: Qal'at Yabsub y Qal'at Banu Said.

(36) A partir del siglo XII, dada la importancia política y literaria de los Banu Said, señores del lugar, la ciudad fue conocida por este nombre. En efecto, como lo señalase CANO ÁVILA: —Op. cit., pág. 11— «la denominación de Qal'at Banu Said o también Qal at Ibn Said ha sido interpretada en muchas crónicas cristianas como Alcalá de Benzaide o Benzayde, intentando transcribir el original árabe.

Por su parte, JUAN LOVERA, Carmen: «Alcalá la Real Puerta a Granada de Castilla»; *BIEG*, núm. 91, pág. 18, abunda: «Alcalá de Benzayde fue llamada la Real por expreso deseo de Alfonso XI contenido en estas palabras que, Pedro I, pronunció en muy solemne ocasión, cuando confirma los privilegios alcalaínos en las Cortes de Valladolid de 1351: "la mi villa de Alcalá de Benzayde, a la cual el rey mio padre, que Dios perdone, mandó que llamasen la Real". Tardó en imponerse el nuevo nombre ya que en los documentos alfonsies y en la

llave, guarda y defendimiento de los reynos de Castilla en la edad moderna (37). En torno suyo se ven doce pequeños grupos, que son otras tantas aldeas (38) sirviéndola como de frontera. Déjate, pues, guiar ¡lectora mía! y en una mañana del mes que a tí te plazca y acomodando la fecha a tu gusto (puede serte más grata esta lectura), crucemos una larga carretera que ha de conducirnos precisamente al pueblo mencionado; y el que después de algunas horas de camino se deja ver en la elevadísima altura en que está situado, ostentando como emblema de su acrisolada nobleza enhiestos torreones, inexpugnables castillos y murallas ya deteriorados por la implacable mano de los siglos. Cada uno de estos muros o fortalezas, son otros tantos recuerdos de su glorioso pasado, que atraen a la memoria las imágenes de otros tiempos, envueltas en dulcísima vaguedad; de cada uno de aquellos sitios, se cuentan mil curiosas y horripilantes historias que llenan de espanto el corazón menos dado a las supersticiones; historias que en las heladas noches de invierno, al amor de la lumbre, relata el honrado y crédulo labrador y su bendita familia, mientras dando un tinte aterrador y sombrío al cuadro que describe con burdas pero elocuentes palabras, se oye a lo lejos el silbido del huracán; el desagradable aullido de la lechuza que busca el albergue en la alta torre de la vecina Iglesia, y el eco pausado y monótono producido por la lluvia que se desprende del encapotado cielo, azotando la chimenea de la humilde choza inmensos horizontes y pintorescos panoramas; valles, cañadas y llanuras, fertilizados por abundosas y cristalinas fuentes; vírgenes y feraces tierras que producen el rico pasto forrajero y el sobresaliente cereal, constituyen el término o jurisdicción municipal de la hermosa ciudad, tan potente por su suelo, como noble por su historia. A las inmediaciones de ella, a un lado y otro, formando compacta armonía, se extiende la dilatada vega, engalanada a la sazón por multitud de árboles, cuyos sabrosos frutos son expendidos en los pueblos y lugares inmediatos por los labradores que en tiempo primaveral, se dedican a toda clase de tráfico, los demás sembrados y huertas que pueblan la campiña, se ven interceptados de trecho en trecho, por una plazoleta circular, empedrada, cubierta de menuda hierbecilla y a la cual dan el nombre de Era, sitio destinado para

primera época de Pedro I, se le sigue llamando "de Bençaide". Sólo a partir de 1361 aparece normalmente como Alcalá la Real».

(37) Por cédula expedida en 13 de junio de 1486 los Reyes Católicos le concedieron el referido título.

(38) Santa Ana, Charilla, La Rávita, Fuente Álamo, Las Grajeras, Cantera Blanca, Ermita Nueva, Las Riveras, Mures, Hortichuela, Las Caserías y Valdelagrana.

la trilla y recolección, y en cuyo tiempo hacemos nuestro viaje (39). ¡Qué bello es contemplar en las cercanías de la población el entretenido trabajo de los campesinos! Lejos de arreararlos o entristecerles el natural cansancio producido por su continuada tarea, alegres y solícitos, dan al viento los cantares característicos del país, mientras los capataces o aperadores con la mayor pulcritud y agilidad condimentan el rico y fresco *gazpacho* que les ha de servir de merienda (40), después de transportar de un lado a otro los sacos o costales repletos de semillas; esta animación y pequeña algazara dan vida y colorido al cuadro que alumbrado por el sol de Andalucía, ofrece un golpe de vista admirable, una perspectiva risueña y encantadora, si bien la primavera realza y embellece la hermosura del paisaje, extendiendo sus ricas y variadas alfombras.

Algunas casas de campo (o cortijos) diseminados acá y allá, bordan el terreno que a la vista se extiende, cuyo fin se pierde en los límites del horizonte.

Tres arcos en cuya portada se lee el nombre de la Ciudad y provincia, dan entrada a la población (41). Desde aquellos se descubren las primeras

(39) También eran frecuentes en los ruedos de las aldeas. En el texto de Contreras existe, a mi ver, una pequeña falta de observación: en agosto, que es cuando la autora propone el viaje, estas hierbas suelen estar secas por los rigores climáticos y por efectos de la misma trilla.

Conviene apuntar que Luis de Hoyos Sáinz en su *Manual de Folklore* —citamos por su edición en mercado: Edit. Istmo; Madrid, 1985—, reproduce en la lámina XVI una bellísima imagen de Alcalá y el Coto, con escenas de la cosecha de cereal, en fotografía de los últimos años del primer tercio de este siglo. En la pág. 508 alude a ella: «Caso muy significativo es el de la era comunal en Andalucía, en cuya fig. 2, lám. XVI, se ve el *coto* a un kilómetro de Alcalá la Real, Jaén, donde sacan su agosto los que no poseen eras de su propiedad».

(40) Poco mudaron las costumbres con los tiempos; así, al inicio de nuestra centuria, según RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Jesús, en: «Crónica de primeros de Siglo», en *A la Patrona de Alcalá la Real* —Alcalá, 1982—, la relación era casi de sumisión: «Hablemos de los trabajadores del campo, había de los que tenían fijo el trabajo y otros eventuales, éstos se juntaban todas las mañanas en diferentes sitios esperando ser contratados, los que trabajaban fijos por lo general en algún cortijo, antes de empezar un trabajo, los dueños de los mismos a quien llamaban *amo* les proporcionaban el pan, tocino, ajos y el aceite para hacer las migas que una vez comidas se ponían a trabajar, por cierto por muchas horas, para terminar el trabajo el aperador decía Ave María Purísima. Luego al mediodía tomaban el *gazpacho* y por la noche el cocido. Los eventuales que no habían sido contratados salían al campo para buscar espárragos, alcaparrones, alcauciles, cardillos, caracoles y ranas. Principalmente pequeños haces de heno que luego vendían en Compás de Consolación, no olvidemos que también se dedicaban a la rebusca de aceitunas, trigo y otras especies, cuando terminaba la recolección».

(41) Fueron construidos en 1807 por el Corregidor D. Orencio Santolaria y Ramírez. Según GUARDIA, A., en: *De mi pueblo y de mi hogar* —pág. 22; Im. Talleres tipográficos «La Regeneración», Jaén, 1915—: «sobre el friso o cornisamiento del frontón de piedra labrada de esta plazoleta se elevan tres columnas, una de las cuales, la del centro, remataba con un pequeño león que, por su parecido con un perro, el público bautizó con el nombre de *El Perri-*

casas y calles, así como un pintoresco aunque limitado paseo, (punto el más frecuentado en las noches estivales) (42) al frente del cual se alza un ruinoso convento, mudo testigo que fuera de los hechos más gloriosos de las pasadas edades (43). Su aspecto es por demás triste y sombrío, pues los cipreses que lo circundan, revisten aquel lugar de un vago y poético encanto indescriptible y melancólico.

Muy fácil nos fuera atravesar una por una las primeras calles que nos llevarían indudablemente a los sitios que llaman extraviados; pero impondría a mi lectora a subir penosas cuestas, a dar mil resbalones en su mal empedrado pavimento, a presenciar desagradables espectáculos, pues en estos barrios habita lo más pobre, lo más miserable de la población, y dicho se está que las casas, costumbres y educación tienen que estar en armonía con el abandono en que estos desheredados de la fortuna, se encuentran por la pésima e imperfecta organización social.

Dejemos a tan desventurados seres víctimas de la ambición y falta de caridad por parte de sus semejantes, y continuemos nuestra minuciosa inspección. Hemos dejado atrás también el paseo con sus corpulentos álamos, sus cercas de rosales y preciosas lilas, sus flores y sus aromas, y llegamos a lo más lucido del pueblo, siguiendo la carretera de Sur a Norte. Estamos en el centro, en la calle Llanillo (44), donde está la animación, la vida; a donde afluyen las demás calles principales; y dó se encuentra el comercio, la industria, los principales y más ricos habitantes, el teatro, plaza, casino, y en fin las firmas productoras del país, los amantes del progreso en las ciencias, en las artes y en la agricultura. Cuatro magníficos templos embellecen esta travesía (45); como la antigua Iglesia Abacial (46); dos, destinados a

co, con cuyo nombre aún se conoce en nuestros días. Según varias referencias, el mencionado perrico fue destrozado a poco de su instalación, por la certera pedrada de un muchacho».

Ya a principios de siglo presentaba un aspecto ruinoso, por lo que fue demolido en el segundo decenio.

(42) Paseo de los Álamos desde finales del XVIII; «en el ramblar de los álamos» centenarios, donde, desde siempre, los alcaláinos se han guarecido de los rayos solares. La autora omite que, desde 1552, al inicio del paseo se ubica el bellissimo Pilar de los Álamos, renacentista.

(43) Se refiere al convento y vieja iglesia de los Capuchinos, siglo XVII, vendida en la desamortización. La iglesia estaba destinada en aquella fecha a almacén de maderas.

(44) Por acuerdo municipal algo posterior, 1885, pasó a denominarse Carrera de Las Mercedes, que es como actualmente se le rotula, si bien sigue conociéndose por el antiguo y popular nombre de Llanillo. Se construyó en el lugar de encuentro de los cerros, el de La Mota y el de Las Cruces.

(45) En honor a la verdad hubiese sido más apropiado decir tres, ya que la denominada Iglesia Abacial, como analizaremos en la nota siguiente, no es más que el Palacio Abacial.

la hermandad de la Aurora (47) y Caridad (48) respectivamente, y otro donde viven esos ángeles del cielo, hijas de Santo Domingo de Guzmán (49). Hay también un espacioso hospital para los enfermos desvalidos (50); otro para los pobres transeúntes (51), un colegio de segunda enseñanza (52), seis escuelas primarias para alumnos de ambos sexos, una elegante casa consisto-

La primitiva Iglesia Abacial se ubicaba en la fortaleza de La Mota. El templo cristiano original, construido sobre una mezquita, fue mandado ampliar en 1585 por el Abad Maximiliano de Austria, sobre planos de Diego de Valera; quedó concluido en 1627. Este hermosísimo templo fue incendiado por las tropas napoleónicas en el año 1812 y, posteriormente, convertido en cementerio. En la actualidad se encuentra en proceso de restauración.

(46) Fue reedificado en 1781 por el Abad Lorenzo de Mendoza y Gatica. De sabor clásico, con hermoso patio, en su fachada se armonizan la piedra y el hierro de forja, en interesante conjugación de barroco y neoclásico.

(47) Hacia el año 1601 se construyó en El Llanillo el Hospital de la Santa Caridad y una ermita aldeaña del mismo nombre y de fábrica de escaso interés, aunque sí que lo tenía el templo por venerarse en él una talla renacentista puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de la Aurora.

Aunque de la Hermandad nos ocuparemos con la extensión que merece en otra nota posterior, debemos consignar que la Contreras en su libro *Páginas Sueltas* —Madrid, 1907— publica *La Aurora* —«Es la Virgen Bendita que en mis lares»—; después —Madrid, 1910— da en *Mis Distracciones*, «A la Virgen de la Aurora que se venera en la Iglesia de la Caridad», poema extenso del que, por su interés, reproduzco algunas estrofas:

«Las fiestas sencillas de un pueblo creyente (...) Humildes obreros, pobres labradores, / sólo constituyen su santa Hermandad, / ¡por eso son siempre cantares y flores / ornato del templo de *La Caridad!* (...) Hermandad que cruza en noches de frío / la Ciudad envuelta en negro capuz; / Hermandad que cruza en noches de estío / la Ciudad bañada en plácida luz. / Y la Salve augusta que es voz de contento / y voz de esperanza en la población, / siempre es escuchada con recogimiento; / ¡siempre es contestada con una oración! / En días de fiesta, la ciudad hermosa / por la madrugada corre la Hermandad (...). Y en las altas horas, la gente sencilla / siente algo de pánico con su devoción, / al oír los sonos de la campanilla / que siempre acompaña la triste canción. / Los niños, oyendo la voz del *hermano*, / que turba en la noche su dulce quietud, / fingen la existencia de un ser sobrehumano, / y ocultan el rostro lleno de inquietud».

(48) Fueron aprobados sus estatutos en el año de 1660, si bien, su imagen titular —primeramente bajo la advocación de La Coronada y, después, de La Caridad—, según la tradición la portaba Alfonso XI en la cuna de su caballo cuando la conquista de la ciudad. Con anterioridad a 1532 fue titular de otra hermandad, Nuestra Señora de los Desamparados, la que, en 1531, se uniría a la de la Santa Cruz.

(49) Se refiere al Convento de las Dominicas —fundado en 1588 y a cuya comunidad se unen los apellidos más ilustres de la ciudad— y la aldeaña iglesia de La Encarnación.

(50) Regido por monjas Mercedarias, falto de su fachada a la calle Rosario, fue inaugurado provisionalmente en 1878; no estaba concluido, por tanto, cuando lo cita Contreras.

(51) Era conocido como el «Hospital de los Pobres», ubicado en los altos de la calle Puente Nueva.

(52) No nos consta la existencia oficial de tal colegio, a no ser que actuara como lo que conocemos por academia.

rial (53), el Palacio episcopal (54), la cárcel del partido (55), el Pósito (56) y las demás oficinas propias de un pueblo culto para los abastos de sus moradores. Dos parroquias (57), seis ermitas (58) y otro convento de monjes trinitarios (59). Los de franciscanos fueron demolidos por la incuria de los unos y el espíritu revolucionario de los otros (60). Tal es la descripción que a grandes rasgos y si entrar en detalles hemos podido hacer de nuestra querida patria; ahora se hace ya preciso decir algo de las costumbres de nuestros mayores, para que haciendo un paralelo con las actuales, se vea si los adelantos de la época, han influido en su ilustración y engrandecimiento.

Ganada Alcalá de Abenzayde a los moros en 1341 (61), sus primeros habitantes llenos de abnegación y heroísmo, sostuvieron la frontera por espacio de ciento cincuenta años, siendo su ejercicio la pelea, y sus lauros la

(53) De mediados del siglo xvii, bello ejemplar de Cristóbal Ruiz Aguilera y José Otero. Posee en su fachada un magnífico reloj fechado en 1806.

(54) Insistimos, es el Palacio de los señores Abades. Alcalá la Real, pese sus redoblados esfuerzos para conseguirlo, jamás fue equiparada a sede episcopal.

(55) Tras la antigua, la de la vieja fortaleza de La Mota, se concluye en 1705 la que es conocida como «Cárcel de la Corona».

(56) Sobre planos de José Pérez y el padre Juan Manuel Nieto, comenzó a construirse en 1759. En la época de la autora se ubicaba fuera de la ciudad.

(57) La de Santo Domingo, construida sobre la antigua mezquita y terminada de remodelar a finales del xvi; y la de Consolación, 1549. Con posterioridad a la redacción del manuscrito, en 1893, otros templos y ermitas de las aldeas fueron erigidos como parroquias.

(58) La Caridad, San Marcos —benedicida en 1529—, San Blas —edificada en 1620—, Ecce-Homo —del siglo xvi—, y las del Santo Sepulcro y La Verónica, ubicadas en el Cerro de las Cruces, dando vistas espléndidas a la ciudad. Por su parte, GUARDIA CASTELLANO, pág. 229 de: *Leyendas y notas*, anota una séptima, la del Sr. de La Misericordia, cuando, en realidad, no era tal ermita, sino una capillita del desamortizado convento de los Capuchinos, lugar muy visitado por su proximidad al paseo. Por cierto, años después y en su libro *Entre mis muros* —Madrid, 1907— Contreras caerá en contradicción en su poema «El Señor de la Misericordia», iniciándolo como «La blanca ermita, limpia y sonriente»; en efecto, debió ser tenida por ermita.

También se hace imprescindible consignar que la autora omite, al circunscribirse a la ciudad, las ermitas de las aldeas, como la de Santa Ana, del siglo xv y en la aldea del mismo nombre; la de San Miguel, en Charilla, de 1590; la de San José, en La Rávita; San Antonio, en Fuente Álamo; San Vicente Ferrer, en Las Grajeras; La Concepción, en La Pedriza; Santa Cruz, en Cantera Blanca; San Isidro, en Ermita Nueva; San Juan, en Riverá Alta. Algunas de estas fueron elevadas a parroquias pocos años después, 1893.

(59) Iglesia y convento de las Trinitarias, ubicado al pie de las antiguas murallas de Alcalá y fundado en 1578.

(60) La orden se estableció en el Convento e Iglesia en 1536, abandonándose definitivamente el edificio en 1840. Fue un hermoso y amplio templo; demolido, sus sillares sirvieron para construir la plaza de toros.

(61) El día 15 de agosto.

victoria. Tremolado el estandarte de la Cruz en las torres de la Alhambra, lanzados del suelo español los hijos de Mahoma, ya Alcalá entró en una vida tranquila, tan de desear, después de una serie no interrumpida de sangrientas y encarnizadas luchas. Los capitanes que mandaban y los nobles que les siguieran, formaron la primera clase social, los demás habitantes cultivaban el hermoso terreno virgen aún. A los márgenes de los arroyuelos que brotaban al pie de gigantescas rocas, levantábanse, las humildes y primeras casas de campo (hoy aldeas), hicieronse plantaciones de extensos viñedos, espesos bosques de álamos y frutales, dando rápido impulso a la agricultura y ganadería.

La nobleza con su Ayuntamiento de regidores perpetuos, el clero y comunidades religiosas con sus costumbres puras y rectitud en el obrar, dirigían la población por el derrotero del bien, siempre avanzando con paso lento pero seguro, hacia la cristianización y verdadero progreso.

El noble con su espada, calzón corto, zapato de hebilla y sombrero de tres picos, de ceño adusto y mirada severa, jamás se familiarizaba con los hombres llanos pecheros.

La señora de alta alcurnia, con su basquiña de seda, sus chapines descotados, mantilla de faldón y sendo rosario, era inexorable con sus subordinados. La misa diaria, el sermón por la tarde, la tertulia por la noche (después de la oración mental) formada de personas mayores, cuya rectitud y juicio eran proverbiales, eran sus cotidianas costumbres; su ocupación diaria que rara vez sufría alteración. Las faenas domésticas estaban a cargo de las doncellas (62) o amas de llaves, y cuando una vez por Pascua o carnaval, se quería dar un poco de expansión al alma, al sentimiento, entonces aquel pausado mismo, aquellas bolancheras o gabote (63), eran los bailes predilectos para que lucieran la esbeltez de sus formas, sus lindas figuras, los encorbatinados fijosdalgos, y las graves y encopetadas señoras.

Las clases llanas eran otra cosa. El pastor cruzando noche y día las espesas breñas, tenía por compañeros sus rebaños; por ventura, los recuerdos de su sencilla aldea; y por gloria el aumento de sus corderillos. El agricultor entrar en sus establos, cuidar sus vacas, surcar la tierra con la punta de su arado, y ofrecer sus ricos y abundantes frutos a su solícita esposa y a los

(62) «Menegildas», las denomina, y quizás entonces fuera voz popular, GUARDIA CASTELLANO, en: *Leyendas y notas*, pág. 336.

(63) Aunque, evidentemente es un baile, también recibía este nombre la pelota de madera con plumas que se lanza con la raqueta o pala.

hijos de su corazón. Esta clase trabajadora y virtuosa cuyos corazones ajenos a esas grandes pasiones mezquinas que se agitan en las grandes sociedades, gozaban de la más venturosa dicha, en la dulce calma de sus modestos hogares; también disfrutaban sus días alegres; aquel en que se cogía la rica miel de la colmena, aquel en que terminaba la recolección de frutos de Agosto, entonces poseídos todos del mayor regocijo, parientes, amigos y extraños, se personaban en esta su otra casita, donde estaban invitados previamente, a la luz de un pobre candil, pendiente de una cuerda en medio de la chimenea, se armaba la *fiesta* que a veces se prolongaba hasta hora avanzada de la noche. La Tana (64), el Fandanguillo de Cádiz (65), eran el baile favorito de estas cándidas criaturas. Su júbilo y amor, su entusiasmo y alegría, subían de punto a los inarmoniosos y monótonos sonidos de la guitarra de cinco órdenes (66), los platillos de metal, el morterete (67) y la meliflua carrañaca (68). ¡Qué saltos!, ¡qué de contorsiones!, parecían movidos por un resorte al compás de la deliciosa música. Estas fiestas por

(64) No nos ha sido posible localizar este baile. Por contra, ALCALÁ VENCESLADA, Antonio, en su *Vocabulario andaluz*, recoge la voz como diminutivo de Cayetana y sinónima de garrote, o designando, igualmente, desorden. En toda la provincia de Jaén es usualísimo aún en nuestros días el siguiente dicho: «más viejo que la tana».

(65) Resulta curiosísimo que Contreras emplee estos términos, cuando la voz fandanguillo es más propia de los años veinte de este siglo y es cantar que se alza como uno de los elementos característicos de la etapa conocida por «ópera flamenca». Como es notorio, no se conocen los fandanguillos de Cádiz, aunque parecidos términos que nuestra autora, usara en latín, en 1712, el deán Manuel Martín, quien es el que por vez primera utiliza por escrito el vocablo de fandango: «Ya conocéis esa danza de Cádiz, famosa desde hace siglos». Con esta aportación, a mi juicio, queda abierta una ventana para posteriores estudios flamencos.

Sobre lo dicho, remitimos al lector interesado a la pág. 284 del *Diccionario enciclopédico ilustrado del Flamenco*, de BLAS VEGA, José, y RÍOS RUIZ, Manuel; Edit. Cinterco; Madrid, 1988.

(66) No deja de ser esclarecedor que se continuaran usando estos instrumentos de cinco cuerdas, cuando, como es conocido, la guitarra de seis órdenes era popularísima desde mediados del siglo XVIII.

(67) Su sonido marca el ritmo de la danza.

(68) El lingüista y folclorista iliturgitano Alcalá Venceslada recoge en su *Vocabulario* y con esta voz dos instrumentos populares distintos. Uno, el pedazo de caña con rajas longitudinales hasta la mitad, que, sostenido por una mano y agitando con la palma de la otra el extremo no rajado, produce un repiqueteo especial; concluye diciendo que se utiliza en comparsas de carnaval. El otro, es un charrasco, instrumento de lata con muescas —a modo de un rallador— que se frota con una varilla de metal; y el que, también según Alcalá, era frecuente utilizarlo en carnaval.

O la Contreras utiliza indebidamente el adjetivo melifluso —dulce, melosa—, o estamos ante un instrumento que desconozco, si bien me inclino por el primero de los descritos por Antonio Alcalá.

lo general terminaban como el rosario de cuevas (69), (costumbre que por desgracia poco ha variado). Ese pícaro Amor que tantas flechas dispara, hacía que se enardecieran los mozuelos, y por un cualquiera; la nudosa pobra, o el pesado garrote (cosas ambas que hoy se usan) se encargaba de derimir la contienda entre el griterío y confusión de los circunstantes.

Entonces las mujeres de esta clase sólo usaban enaguas de picote (70) y mantilla de franela, los hombres la anguarina (71), calzón de paño, ceñideras de pieles (72) y sus correspondientes abarcas (73). En las fiestas de

(69) Es la primera vez que encontramos semejante expresión, cuando lo normal es, y fue, decir «como el rosario de la Aurora». Sin duda María del Pilar efectuó el cambio por su tantas veces reiterada devoción a esta Hermandad de Nuestra Señora. Y esto también puede deducirse del interesante artículo de GUARDIA CASTELLANO: «El Rosario de la Aurora» —en *Sector Alcalaño*, primero de mayo de 1921—, en el que, además de remitirnos a nuestra autora —«esos sus fervorosos cantos, tan admirablemente descritos por nuestra ilustre paisana la inspirada poetiza (sic) doña María del Pilar Contreras»—, reconoce que no concluía demasiado bien en más de una ocasión: «Solía recorrer las calles en procesión, entonando el Santo Rosario, precedido de una salve rimada, que solía variar en cada localidad, siendo en muchas de ellas acompañado de instrumentos musicales que, en el correr de los tiempos, al no ser tocados con el fervor religioso que dominara antaño creando su fundación, junto con la práctica viciosa de dejar incorporarse a las hermandades gentes maleantes y trasnochadoras, particularmente en las madrugadas, determinaron en la antigüedad y aún siguiendo determinando en nuestros días, asonadas y tumultos populares, de donde nació el aforismo de *acabar como el rosario de la Aurora*».

(70) Tela áspera de pelo de cabra.

(71) Gabán de tela embreada, sin mangas y a modo de capote. Fue usualísimo y, hasta bien entrados los años veinte de este siglo, característico en la Sierra de Segura, según se desprende del manuscrito inédito que reseñásemos en la nota número 22.

(72) Son conocidos como «peales».

(73) Conviene reproducir por sus interesantes coincidencias lo dicho por GUARDIA, Antonio —pág. 394 de *Leyenda y notas*— en 1913: «Espoleados por las nuevas doctrinas de igualdad preconizadas en la constitución del año doce, e incitados por el falso fulgor de las Leyes Desamortizadoras que les brindaban a salir de su humilde condición de colonos o pegujareros para elevarlos a las regiones de propietarios, se lanzaron a una vida para ellos desconocida, tomando parte en las licitaciones de los últimos períodos de la desamortización, adquiriendo fincas y apareciendo en la sociedad no ya con la modestia heredada y las tradicionales abarcas y anguarinas, los hombres, y las enaguas de lana, las mujeres; sino con el bordado capote, las botas de fino cuero con garambainas, los pañuelos de seda de llamativos colores y los vestidos de tela fina con moñas y caireles: todo eso que halaga a la vista y despierta en el alma los deseos de obtenerlo a todo trance: el lujo».

Mucho y para mal en muy pocos años, debieron cambiar los vestidos de los alcalinos más desposeídos, si nos atenemos a la siguiente estampa de principios de siglo, en los mismos prácticos días en los que aparece el libro de Guardia, que extraemos la citada «Crónica» de Jesús Rodríguez: «El personal bien situado económicamente iba bien trajeado con su chaqueta, corbata, y siempre con sombrero y si era por invierno su capa con unas vueltas más o menos buenas, que eran de colores. Los de la clase media solían también llevar sombrero y chaqueta, capa y pelliza; no faltaban también los que llevaban chaquetilla blanca que eran los más y

campo, días de rifas (hoy muy frecuentes en las aldeas), bautizos, bodas y romerías, abundaban las almendras y el garbanzo tostado; y alguna vez, muy rara por cierto, licor (según ellos arresol (74)) bebida clásica, superfi-na, que sólo se usaba en las grandes solemnidades. En los entierros de párbulos, el baile con castañuelas en derredor del cadáver, era de rigor (costumbre que ha desaparecido por completo) así como repartir entre los bailarines y espectadores vino y garbanzos (75). En los de adultos no usaban de estos medios para manifestar sus impresiones los amigos y parientes del difunto; sino que por el contrario, para dar pruebas del sentimiento, se ataban los hombres un enorme pañuelo de abigarrados colores a la cabeza; del mismo modo que lo usan las mujeres y hablaban poco y sentencioso.

En las clases altas eran en estas ocasiones muy diferentes las costumbres. En los duelos había de estar a oscuras la sala de recibo; uno a uno de los amigos o deudos visitantes, habían de saludar, irremisiblemente, a todos los que allí se encontraran, pues de no hacerlo así, se expondrían a la censura general incurriendo en la mayor de las faltas. Mucha gravedad y ceremoniosas cortesías, acompañadas del consabido *Acompaño a V. en su sentimiento* por un sinnúmero de veces repetido. Por último uno de los más encopetados Señores distribuía entre los circunstantes, platos y jicaras para tomar el chocolate con bizcotelas; después de esta escena, llevada a efecto con la circunspección que el caso requería, era preciso, indispensable, elogiar muchísimo las condiciones del difunto, intercalando con frecuencia *¡Que en paz descanse!*, lo que repetían en coro los circunstantes, haciendo a la par un movimiento afirmativo de cabeza con acompañamiento de grandes y desconsolados suspiros en los hombres, y prolongados gemidos en las mujeres que llevaban el pañuelo a los ojos para aparentar que

los pantalones solían vérselos remendados; y los pobres, desgraciadamente, muy mal vestidos, se ponían lo que les daban los anteriores, tanto de ropa como de calzado; los pastores calzaban albarcas y los anteriores alpargatas, siempre con una barba de varios días, viéndose muchos chicos descalzos».

(74) Es el conocidísimo y apreciado rosolí, extendidísimo por la provincia de Jaén, donde también recibe los nombres de «arrisol», «resol» y «resolí». En nuestro libro *Viaje por la mesa del Alto Guadalquivir* —Edit. I.E.G., Jaén, 1993— dedicamos varias páginas a estudiar las formas tradicionales de hacer y su presencia festiva en la provincia de Jaén.

(75) Esta costumbre estuvo muy extendida, incluso a principios de este siglo, en buena parte de la provincia, y no sólo en los pueblos agrícolas, caso de Martos, sino hasta en la propia capital. Se creía festejar la subida al cielo del alma inocente y pura del niño que acababa de expirar.

lloraban (por mero cumplimiento y por llenar un deber que la sociedad imponía).

La casa, los perros, y los jardines eran las distracciones de que más gustaban los nobles y en lo que más se ejercitaban por lo tanto; distracción que la creían muy honrosa para ellos.

Estas y no otras eran las costumbres de nuestros antepasados, bien diferentes por cierto de las que hoy imperan; pues aunque para notar el cambio de estas localidades, es necesario que transcurran muchos años, sin embargo, aquí se ha verificado de una manera rápida ya favorable ya desfavorablemente. Me explicaré.

La ambición, esa enfermedad que se ha hecho crónica en las grandes sociedades; esa miseria que aflige al corazón humano, y a la cual deben atribuirse la mayor parte de los males y sinsabores de la vida; y de la cual pende la ruina de nuestra sociedad, esa calamidad con el nombre de ambición, repetimos, se ha despertado en las sencillas almas de los aldeanos mutilando su sentimiento. Si; ya no están contentos con sus colonos o mozos de labranza, aquellos que nacieran en la mayor pobreza, pues envidian a los que más afortunados que ellos, de humildes labradores se han elevado a la categoría de propietarios de algunas tierras, cuya posesión consiguieron a fuerza de afanes y desvelos; pero ¡ay! ¿por qué para mitigar en algo esa sed insaciable y devoradora de riquezas, no se fijan en el infeliz mendigo que fatigado, sin aliento, implora de puerta en puerta el preciso y exiguo alimento, mientras ellos sí no disfrutan de suntuosos palacios, al menos tienen hogar y familia, poseen lo bastante a las necesidades de la vida y gozan en fin de lo necesario para hacer frente a la misma? No; no miran al desgraciado que perseguido por la mano del infortunio, llora amargas desdichas, sino al venturoso ser cuya vida es una cadena de dorados eslabones, de goces halagüeños y dulcísimos placeres. Por eso anhelando una posición más alta, un puesto más elevado en la mezquina sociedad en que viven, apelan a cuantos medios están a su alcance para conseguirlo. Se significan en la política, frecuentan todos los círculos de la sociedad, se crean enemistades cuyas consecuencias son funestísimas en estos lugares, porque careciendo de ilustración, sus individuos no pueden raciocinar en momentos dados, si son aptos para reprimir sus pasiones; así pues, con paso firme y en cierto modo precipitado, los habitantes de nuestras aldeas caminan a la ruina, a la perdición, saliéndose de sus respectivas esferas. Hay sin embargo una clase de aldeanas que en sus costumbres se diferencian muy poco de las que hemos bosquejado. Esta clase como aquellas de otros tiempos, son felices con

sus cándidos amores e inocentes placeres. Desconociendo por completo los amaños y sinsabores de la vida; sin que su corazón se haya agitado por bastardas pasiones, vea deslizarse entre flores los días de su existencia. Al dejar el duro lecho, *bendicen a Dios que las ha permitido amanecer*; confesión sublime que eleva el espíritu! Sonríen con la aurora y cantan con las aves; sus primeros cuidados antes de entregarse a las ordinarias faenas, es llenar los cántaros en la cercana fuente que de agua pura y saludable surte el lugar; más no se crea que acuden allá con este sólo objeto, no; es que allí las zagalillas de los caseríos limítrofes tienen su sencillo tocado. La clara superficie de las aguas, es el espejo donde se miran, las amapolas, lirios y azucenas que las circundan son las galas con que se adornan sus cabellos y por eso acuden presuroras a lavar sus frescas mejillas cogiendo para engalanarse los preciados dones que les ofrece la pródiga naturaleza. Son alegres y comunicativas, despreocupadas en el vestir y así como las antiguas no habían visto más horizonte que el del valle donde pacían sus ganados, las de hoy sin dejar de contemplar desde la cúspide de sus montes las inmensas llanuras, de cuanto su vista abarca y de elevar su alma a las regiones de lo infinito, por su acrisolada fe, gustar, desean no obstante, frecuentar la ciudad, participar de las fiestas, ya religiosas, ya cívicas y disfrutar *de lo que hay que ver* (como ellas dicen). Ya no son enaguas de picote ni pañuelos de percal lo que usan las campesinas, sino vestiditos de lana, profusamente adornados con mil cintas y arandelas de variados colores; delantal y almilla de merino, guarnecido el primero con glasé y algún visillo morado, y pañuelo de seda cubriendo el empinado rodete con sus correspondientes enaguas de abrigo y refajo de colores (76).

A más de estas visitas extraordinarias en que por mero gozo o capricho frecuentan la ciudad, los domingos son los señalados para que las aldeanas afluyan en mayor número. Las más ricas, para surtirse de aquellos comestibles y objetos de que se carece en el hogar; y las pobres y de mediana fortuna para expender sus manufacturas. El día antes o sea el sábado, en todas las casas se viene a representar la misma escena; antes de lo acostumbrado, las mujeres dejan la era sólo a los hombres y ellas penetran en el hogar donde las llaman perentorias ocupaciones. Ved allí a la gallarda moza, a la más esbelta de tan poéticos lares, preparando con la mayor actividad, cestitos de oscuras mimbres, en los cuales coloca los huevos ahorrados en toda la

(76) Se desconoce cuál sea el traje típico, popular y tradicional, característico de Alcalá la Real, bien pudiera ser éste; por el contrario, si son conocidos los de los municipios giennenses limítrofes, radicalmente distintos entre sí, como lo son los de Alcaudete, Castillo de Locubín y Frailes.

semana, mientras la pobre madre con la experiencia propia de la ancianidad ayuda a aquella derramando sobre el cesto lechos de paja, para evitar que a causa del natural movimiento, fracase su modesta granjería. Más allá, sobre uno de los poyos del vasar, lleno de mil cacharritos, se ve una multitud de quesos de todos los tamaños, colocados unos en otros con la mayor simetría, así como los exquisitos requesones envueltos ya en sus limpias taleguitas. En la expresiva mirada de la joven se revela el entusiasmo y alegría de que su alma está llena; hay sonrisas en sus labios y esperanzas en su corazón; ¡como que va a la ciudad donde *hay tanto que ver* y de donde según costumbre traerá además la camisa de lienzo para su padre, alguna friolerita que su buena madre no se negará a comprar!, ¡Va a ponerse su traje *dominguero*! sus zarcillos de lazo que con el producto de su trabajo comprara el pasado Agosto, y la gargantilla de perlas que su abuela le legó al morir; ¡éstas son las ideas que aglomeradas en su soñadora mente, la hacen gozar un mundo de delicias, le hacen soñar un mundo de esperanzas lisonjeras! La madre, en cambio, está algún tanto retraída, y un tinte de tristeza se adivina en la pálida luz de su mirada. ¡Ay! es que en aquél corto viaje que efectuará por su ciudad, no encontrará encantos ni atractivos, piensa en su dulce hogar que va a quedar desierto por algunas horas, piensa en su esposo y en sus hijos que va a privar tal vez por todo un día de su tierna solicitud y cariño. Al toque de oración concluyen su tarea. ¡Qué espectáculo tan bello, qué hora tan feliz para el pobre campesino! El sol ha desaparecido; alguna otra estrella aparece radiante en el azulado y ancho cielo, el pastor, el vaquero, el zagalillo, todos con sus ganados se acercan a la casa, y distribuidos con el mayor orden entra la hora de la quietud. ¡La oración ha dado! El lánguido sonido de la campana de la ermita anuncia el descanso. ¡Paz al trabajador! ¡gloria eterna al hombre sin ambiciones! Reunida la familia, una pequeña mesa o banquetta que colocada en medio del portalcocina, la hermosa aldeana, anuncia la hora de la cena; en efecto, provistos todos de sus correspondientes cucharas de palo, se preparan para apurar el bien condimentado guiso que humea en una enorme fuente puesta sobre blanco mantel en la microscópica mesa (77). El padre descubriendo la plateada cabeza y diciendo las oraciones de costumbre, bendice el alimento; los concurrentes le imitan. Concluida la cena, todos se levantan; el padre, acompañado de los hijos, cuida los animales; la gentil doncella entra por última vez al gallinero para rectificar sus cálculos de granjería, visitando a la vez las ru-

(77) En efecto, la mesa alcalaina, situada junto a la pared en el zaguán-comedor hasta la hora de la comida, sorprende por su pequeñez y bien claro está que fue pensada para sólo posar en ella el pan y la fuente comunal.

bias gallinas que estando cluecas necesitan una prolijidad y esmero en su alimento. Retirada la mesa por la madre, guardado el pan sobrante en pedacillos para darlos a los pobres, se cierra la puerta y después de rezado el rosario, se acuestan tranquilamente; pues aunque siempre pululan por los campos los bribones y rateros, los fieles mastines, con su lealtad y atornadores ladridos, anuncian a sus dueños la aproximación de personas a las puertas del hogar. Llega el alba, se levantan, y en unión de otras vecinas, emprenden a pie el camino de la ciudad, ni el peso de sus mercancías, ya en huevos, perdices, conejos, frutas y otros objetos; ni las malas vías de comunicación, ni el rigor del tiempo en ocasiones, les arrebatan un átomo de su alegría; ¡qué de conversaciones! ¡qué de cálculos! ¡qué de goces meramente espirituales! (78). ¡Qué hermosa, qué bella es la paz de su conciencia! Entran en la Ciudad, visitan otras zagalillas que por su desgracia están sirviendo en las casas ricas, y después de expender sus géneros y oír algún que otro piropo de los muchos desocupados que andan por las calles, se dirigen a la plaza de abastos (79), compran su pescado y pan, y como el más exquisito y opíparo manjar, lo engullen con avidez (80), no en las afueras de la población, sino en cualquier zagúan pues así lo vieron practicar a sus mayores. Adquiridos los géneros u objetos de encargo, regresan a su campo en la misma forma y solaz. Las madres vuelven contentas, las hijas tristes. ¡Ay!, es que ha pasado el día de huelga; es que sus amiguitas mientras ellas han cruzado el camino de la ciudad, habrán jugado al *Corro* en el valle. Sin embargo, por una ley de compensación, les está reservado para la noche otro ratito de diversión y solaz. Es domingo; es día de *Dominguito*

(78) Según Jesús Rodríguez en su citado artículo, la situación varió poco con el nuevo siglo: «Los cortijeros con sus mujeres traían para su venta toda clase de aves o conejos, así como huevos».

(79) De nuevo se impone citar el reiterado artículo de Jesús Rodríguez sobre cuanto acontecía en la Alcalá de principios de este siglo: «La plaza de abastos estaba en el centro de la ciudad, junto al Ayuntamiento. En derredor de toda ella se ponían sobre las mantas vendedores de verduras, frutas, hortalizas; pocos sobre simples mostradores de tablas. Debemos señalar que eran los principales abastecedores de buenas mercancías que se trasladaban diariamente del Castillo (de Locubín) a Alcalá. Se levantaban muy temprano para ponerse a vender. Solían traer dos caballerías con sus serones cargados y sobre las doce y media se ponían a regresar a su pueblo. El pescado lo vendían en la esquina que da a la calle General Lastres (...) lo traían en caballerías con serones que los cubrían con palmas. Carnicerías había varias, la principal estaba al lado del Ayuntamiento (...) solían atender primero a los hombres, que éstos hacían la compra de todos los comestibles en la plaza. Llevaban un canasto o éste era llevado por algún hijo o criado».

(80) Antes, al igual que ahora, existía el regusto en Alcalá de tomar el pescado crudo y a cualquier hora, sobre todo boquerones y sardinas.

el Zaorí (81), ahijado del Abuelo del dueño del cortijo donde va a tener lugar la fiesta dominguera. Las mozuelas van a recibir una sorpresa agradabilísima. Y me preguntará mi lectora y ¿quién es Dominguito al Zaorí? Voy a satisfacerle aunque me separe un tanto del asunto principal y de este mal pergueñado artículo.

En estos lugarcillos donde sólo por los apodos o mal nombre se conoce a los individuos existe un tipo que descuella sobre los demás por su sabiduría. Es alto, moreno, y tan desproporcionado en sus formas, que alguna vez al mirarlo por la espalda, se duda la especie a que pertenece. Desde los pies a la cintura mide vara y media castellana bien cumplida, mientras que desde el estómago al occipital podrá tener la tercera o la mitad de dicha altura. La cabeza es descomunal, y despoblada completamente de cabello. Los ojos pequeñuelos y casi salidos de sus órbitas. En medio de la frente conserva una cicatriz terrible de herida de arma blanca; la nariz desapareció por consecuencia de cierta fiebre que contrajo en la edad de los amores (...); y su boca exhausta completamente de dientes y muelas, al abrirla parece verse la cueva de Montesinos. Su voz gangosa pero enfática, su entonación sentenciosa y un tanto sibilitica, le daban cierto tinte misterioso, y una completa superioridad sobre aquellas pobres gentes. El tal Zaorí, sabe leer, escribir y ajustas cuentas; fue soldado, corrió medio mundo y de aquellos tiempos relata mil historias y aventuras que oyen los crédulos campesinos con religioso silencio. El lleva en todo la dirección; los pasos y procesiones de Semana Santa, las máscaras, los bailes y juegos de manos; sabe la hora en que las brujas salen de su madriguera montadas sobre palos de escoba, después de tenido su correspondiente aquelarre, así como el medio de ahuyentarlas. El es el curandero; tiene un conocimiento en toda cla-

(81) Mantenemos adrede y como única esta falta de ortografía de la autora, la que debiera haber escrito, obviamente, Zahorí.

Sobre este interesantísimo personaje tan respetado, inequívoco mago, mágico y religioso, merecería profundizarse en su estudio. Por cuanto a nuestro análisis respecta, hemos de dejar sentado que la Contreras, a la vez que desea dejar cumplido testimonio de su real existencia, trata, aunque no lo consiga plenamente, de esconder al que en última instancia se le alza como un ser superior de la aldea o, al menos, *primus inter pares*. A nuestro juicio, el tal Dominguito el Zahorí no destaca por su capacidad para encontrar aguas subterráneas —recordemos que esta tierra es riquísima en pozos y manantiales—, sino, ante todo, por su poder de convicción y persuasión, de consejo y hasta videncia; por ello es posible que estemos ante el primer testimonio escrito sobre santos y curanderos de la Sierra Sur. A este respecto, remitimos al lector interesado al libro de AMEZCUA, Manuel: *La ruta de los milagros*; Edit. Entreolivos, Alcalá la Real, 1993.

se de plantas desde las diuréticas hasta las narcóticas y febrífugas (82); salva a los niños del frecuente mal de ojo; cura saludando a los hidrófobos, pulsa a los enfermos y si frunce el gesto, ya puede la familia ir preparando la mortaja, porque es segura la muerte. Cuando habla de astronomía ¡Ahí! entonces llegan sus conocimientos a la altura mayor del mundo. Por sus observaciones deduce las rencillas y guerras de los astros, la baratura o carestía de los artículos de primera necesidad, las epidemias y hasta el día del juicio final. El resuelve todos los problemas y arregla todos los casamientos; lee el sino según el libro de Rueda (83) a los recién nacidos y por último no hay asunto en la aldea ya del dominio público ya privado donde no se consulte a Dominguito el Zaorí. Pues sobre espiritismo y apariciones, ahí sí que es la gran cosa. El menor ruido que en una noche se sienta producido por cualquier causa; el más ordinario insomnio que tenga alguno de la aldea; la más leve representación fantástica de una imagen, ya está interpretada por el Zaorí. Son las almas de otro mundo que vienen a pedir a los habitantes de éste, el cumplimiento de una promesa que él decide siempre bien para que se digan misas para que aquellas vayan derechas al cielo o bien para que al intérprete la entreguen y él los destine según sus inspiraciones y consultas a sus oráculos. Tal es el personaje pariente espiritual de una de las familias que describimos, y que por obsequiarle en su cumpleaños se le prepara en dicho domingo una fiestecita de confianza, fiestas que no dejan de tener originalidad. Estas funciones son muy frecuentes hoy, cuando antes sólo tenían lugar como anteriormente se ha dicho en determinados casos. La carrañaca y el morterete han sustituidose, con la buena guitarra, bandurria y violín. Describamos una y por ella se podrá ver la función que tuvo efecto para agasajar al consabido Dominguito. Al anochecer, cuando los aldeanos han cuidado sus animales y ellos han practicado las obras que antes hemos descrito, van llegando a la casa donde ha de verificarse el baile los convidados con sus respectivas familias. El mastín con su penetrante ladrido anuncia la llegada de los favorecidos; la dueña de la casa hace los honores de ella desde el sitio donde se halla sentada en conversación con la tía I, o Z, o en pié atizando uno de los candiles, que constituyen el alumbrado de la estancia; ella saluda a grandes voces a los concurrentes y reunidos los convidados se van colocando por el orden siguiente: en primer término los ancianos; en segundo las casadas, luego las mozuelas y los za-

(82) Podemos anotar las señaladas en fecha próxima y como muy usuales por GUARDIA, Antonio —pág. 398 de *Leyenda y notas*—: cedoalía, salvia, verbena, cino glosa, centáurea, ruda, romero, grana, cicuta, amapola, tartago y otras muchas más.

(83) ¿La rueda de la Fortuna?

gales se quedan de pie en un extremo de la habitación para dejar espedito el circo y ponerse en baile por riguroso turno. Los musiquillos con gran propopella, y empleando su buen tiempo en templar los desacordes instrumentos, principian por último las ásperas pero para ellos dulcísimas armonías. Estamos en el baile. Los mozuelos abandonan su retraimiento; dirígese cada uno de ellos a los sitios que ocupan cada una de ellas. Las hacen un grotesco saludo con la cabeza, presentándoles el sombrero en la mano derecha, tendiendo el brazo con toda rapidez (y la mujer a quien invitan se pone de pie). ¡Ay pobre tana y fandanguillo de otros tiempos! ¡descansen en paz! El verdadero fandango (84) el picaresco Cedacillo (85) os pujaron la plaza. El júbilo, el entusiasmo, la alegría arroba aquellos sencillos corazones; los jóvenes saltan, brincan, danzan; las madres, las viudas, tocan las castañuelas (es de rigor porque de lo contrario harían un papel ridículo). Los viejos hacen palmas dando voces al compás. Las que bailan mientras están en baile, permanecen con la cabeza inclinada dando a su persona un aire de hipocrita humildad, y la que así no lo hace será calificada de gazmoña; ésto no quita para que más disimuladamente, dejen vagar en su derredor la mirada, fijándola donde les place. En el corto espacio que

(84) Desconozco qué intenta decir la autora cuando remarca esa autenticidad. ¿Estamos ante el fandango autóctono, el que distingue la canción, música y baile de esta tierra y del que sólo ha llegado a nuestros días el de la aldea de Charilla?

Si bien están por estudiar los fandangos de esta comarca, caso del interesantísimo y cuasi flamenco de los Noguerones de Alcaudete, hemos de convenir en que el de Charilla es casi un verdial, como muy bien puede advertirse en la única grabación existente de él: *Coros y Danzas de España. Jaén*; Edit. Hispavox; Madrid, 1977; ref. 20/003 S (ES). Contiene las siguientes cuatro letras:

—La luna se va, se va.
 —Déjala que se vaya,
 que la luna que yo espero
 sale por esa ventana.
 Esta noche voy a ver
 la voluntad que me tienes;
 si me cierras la ventana,
 ya sé que no me quieres.
 Si me quieres, dime sí;
 y, si no, me das veneno.
 Me acaban de matar,
 pero olvidarte no puedo.
 Quiéreme charillerita,
 mira que soy charillero,
 y tengo para comprar
 Charilla y sus charilleros.

(85) Fue baile muy extendido.

duran las coplas mil diferentes y airosas aposturas; y de estas variaciones se aprovechan los aldeanillos, para declarar su amor (atrevido pensamiento) a las guapas aldeanillas, llegando en algunos la vehemencia hasta el extremo de hincarles la rodilla. Si la favorecida continúa bailando y no hace caso de su insinuación, es evidente señal de que ha desatendido sus pretensiones, si por el contrario, la agraciada, le tiende una mano levantándole del suelo (sin mirarlo, por supuesto), es que aquella flecha ha sido tan punzante, que ha herido su sensible corazón. Terminada la primera (tocata), dan las que han bailado un simulacro de abrazo a los tocadores, cantores y palmistas, y en este intervalo de descanso, perdida ya la timidez en las mozuelas, hablan con cierto desenfado, de sus trajes, adornos, galas (por cierto que en algunas hemos contado veinte objetos pendientes de su noble continente) y de cualesquiera otra traicioncilla que le trató de jugar Fulanillo o Fulanilla, pero que ella como no era tonta lo entendió y le dio la *Asduta* (86). Los más ancianos y sobre todo los dueños de la casa, para que no decaiga el entusiasmo, proponen los juegos de manos, las relaciones (87), los pasillos con D. Sancho y D. Crispín (88), El Moro y el Cristiano (89); y entonces, aquí de Dominguito el Zaorí, u otro ente por el estilo; una historia patibularia, un encantado que dirigía cuarenta mil moros debajo de la Sierra Almagrera y que no podía desencantarlos hasta que la doncella tal le diera un abrazo (90), Pierres y Magalone (91), el ganso de la Catedral

(86) Esta palabra, que la propia autora subraya, no le hemos oído ni visto escrita en ningún otro lugar.

(87) Son las extendidísimas y alegres, cuando no pícaras o procaces, papeletas, adagios, etc., suficientemente conocidos y en los que destaca la capacidad para repentizar cuartetas o quintillas en el diálogo que se establece entre hombre y mujer cuando éstas no están escritas; en este último caso solían ser pareados.

(88) Nos ha sido imposible localizarlos. ¿Puede ser el interesante y poético diálogo entre don Sancho y don Nuño que Antonio Guardia recoge en su *Leyenda*?

(89) Tampoco tenemos noticia de éste, si bien habrá que estimarlo como fragmento de un mayor diálogo o representación escénica entre personajes de ambos bandos fronterizos y resto, casi seguro, de algún paso popular. Así, de este modo, lo encardinamos en la gran tradición alcalaína de realizar fiestas teatrales de moros y cristianos, y las que fueran organizadas por diversas cofradías piadosas de la ciudad para obtener fondos, hasta que fueran suprimidas en la época de la Ilustración. Para este interesante tema remitimos al lector a MARTÍN ROSALES, Francisco: «Toros, teatro y danza en el siglo XVII en Alcalá» —*Diario Jaén*, 10 de agosto de 1985— y AMEZCUA, Manuel: «Lecturas desde la logia (XV): Moros y cristianos en el arrabal», *Diario Jaén*, 15 de diciembre de 1991.

(90) Este reiteradísimo tema de la literatura popular nos ha sido imposible concretar del modo que lo refiere Pilar Contreras.

(91) Tampoco lo hemos podido encontrar.

o botillería (92); y por último un trocito de D. Juan Tenorio (93) que era muy aplaudido, porque si bien los actores no pronunciaban perfectamente, sentían sin embargo un ardorcillo con aquello de no es verdad *Gacela mía* que hacía reír de coraje y envidia a los otros mozuelos y mozuelas, que no sabían decir lo mismo. Está terminada la fiesta y el *lucero miguero* (94) anuncia el día. Por lo general siempre hay algunos que salen descontentos, ya los mozuelos por cuestión de amores, ya los graves por cosas de etiqueta. No hay en la sociedad ninguna clase más susceptible ni menos tolerable cuando se trata de convites y agasajos, pero de cualquier modo, de estas fiestas resultan simpatías y amores que tienen su término en el casamiento. Y ya que tocamos a boda, diremos también como se efectúan éstas. Como ya quedó expuesto, los amores de los aldeanos nacen por lo general en la animación de un baile o en la algazara de una romería. Cuando apenas los amantes llevan algunos meses de relaciones, piensan en unirse ante los altares, como unieron ante el mundo sus corazones. Obrando de común acuerdo manifiestan a sus respectivos padres lo entre ellos concertado, y ellos ganosos de la felicidad o bienestar, al menos, de sus hijos, aceptan gustosísimos el pretendido enlace. Convenidos, señalan el día dejando el tiempo necesario para pensar y arreglar la cuestión de intereses. Desde aquel momento

(92) Es romance de ciego que hubo de tener fuerte arraigo en nuestra provincia, como lo confirma el hecho de que, años después, en 1905, lo recogiese Alfredo Cazabán como habitual en los jolgorios y fiestas de remate de la aceituna en Úbeda: «Se había hecho ya el juego del tío de la miel, se había dicho la relación del ganso de la Catedral, habían repetido la escena de soy, tengo y quiero y hasta habían hecho acertijos como el de que si que es, que es, que te da en la cara y no lo ves». «Del Corazón de mi tierra»; pág. 69. Citamos por nuestra edición en Biblioteca General del Sur; Edit. Caja de Ahorros de Granada; Granada, 1989.

Pero, en realidad, es un romance satírico —«El ganso de la Catedral» o «El ganso de la botillería»—, muy descriptivo, el que, según señalara Caro Baroja —pág. 14—, «parece compuesto con un fin teatral». Remitimos al lector a «Romances de ciego» y, en especial, a sus páginas 364-371, en las que se reproduce íntegramente. Edit. Caro Baroja; Taurus; Madrid, 1980.

(93) Como se sabe, el drama fue estrenado en 1844. Un dato más sobre el gran arraigo de la obra del vallisoletano.

(94) El del alba, que, según tradición, anuncia la hora de levantarse y preparar las migas.

En Villargordo, pongamos por caso y hasta tiempos bien recientes, los campesinos lo conocían como *el mata gañanes* o, también, *lucero miguero*, por ser éste el último en desaparecer del firmamento y el que les anunciaba la hora de levantarse e ir preparando los aperos para la jornada, así como que habían de proceder a realizar las cotidianas migas del desayuno.

Un villancico de Pegalajar dice:

Vamos a hacer las migas,
que el lucero ya salió,
que es de día y con claro
y la noche ya pasó.

principia una nueva vida para los amantes. Ella no sólo continúa ayudando a la madre en sus quehaceres domésticos sino que privándose hasta del preciso sueño, hila sus cañamos, teje sus telas, se hace en fin su modesto ajuar. El por su parte a fuer de hombre honrado y con el deseo noble de reunir lo suficiente para comprar la ropa de novio, redobla su trabajo, aumenta su celo, se llena de privaciones, omite hasta los gastos y vicios propios de la juventud, como el vasillo de vino los domingos y otros por el estilo; y consigue con ello adquirir algunos aunque pocos reales (Desgracia que esta vida y conducta no dure más de lo que alcanza la luna de miel). Llega la boda, algunos días antes de ella y de acuerdo los padres de los contrayentes, se matan algunos de los mejores carneros, se hacen especiales quesos, los huevos y gallinas no se venden en la semana porque hacen falta; aquellos para los indispensables natillas, y las otras para la pepitoria. La aldea está conmovida; en todos los corazones hay dicha, en todas las almas alegría. La fiesta estará animadísima a juzgar por los preparativos, disponiéndose todos los amigos y parientes a disfrutar de ella. La casa de la novia, limpia, aseada, blanca, como el campo de la nieve; como soles brillan los objetos de azofar que sirven de adorno a la cocina. Allí se reúne la comitiva a la hora prefijada, y esperan a la novia que tarda bastante pues tiene que invertir mucho tiempo en ataviarse con los veinticinco alfileres (95). La madre ayuda a ponerla los zarcillos y algunas galas que a ella le sirvieron en idénticas circunstancias, los padres conciertan definitivamente las dadas o dotes que dan a sus hijos para levantar las cargas del nuevo estado, dándoles consejos saludables y sobre todo la bendición. ¡Qué bella, qué sublime es la autoridad paterna en estos momentos supremos!; y cuántas veces el corazón del pobre padre presiente el fiero torcedor que ha de amargar la vida del hijo de su alma! Reunidos todos y los padrinos como uno de los más importantes papeles; los hombres provistos de sus grandes capas (aunque la boda sea en el Agosto y aunque sean además prestadas). Las mujeres constituyen el otro pelotón y la novia se engalana con lo mejorcito, así como las parientas, amigas y convidadas. Entran en el Santo Templo y entre lágrimas de las madres, suspiros de los padres y emoción general

(95) No tengo noticias sobre esta costumbre, la que considero desaparecida. No obstante esto, bien pudiera estar extendida por toda la provincia, como viene a sugerirlo el siguiente cantar de Pegalajar:

Veinticinco alfileres
me dio mi suegra,
veinticinco demonios
vengan por ella.

de los concurrentes reciben aquellos amantes puros e inocentes la bendición de la Iglesia formando desde aquel momento la base de una nueva sociedad doméstica, fundamento de la civil y que por lo mismo, de aquella han de salir los vicios o virtudes que a la última han de dominar. Cuando salen después de la ceremonia, los vecinos de la calle del tránsito arrojan trigo a los recién casados, costumbre que indica desde luego el deseo de que aquella unión sea próspera en bienes materiales. Regresan a la casa, y ya por algunas encargadas, que siempre son las comadres, habladoras y dicholeras, como ellas solas en estos casos, se tiene preparado el refresco. Los novios ocupan el principal testero de la habitación dispuesto en forma de tálamo adornado con colchas, cuadros y algunas flores; al lado de los novios los padrinos y así sucesivamente por orden de edad. Acto continuo la novia extiende un blanco pañuelo sobre su falda (96) y en este momento el padre del novio, a falta de él, el padrino, se acerca al padre o tutor de la novia, y quitándose el sombrero, con entonación grave la dice: *¿Me da licencia su merced para que haga una dádiva a la Sra. novia?* Y el padre de ésta, con la misma gravedad y levantándose de su asiento le contesta: *Haga la dádiva y Dios se lo premie*. Esta escena, este cuadro que a las personas superficiales hace reír, al corazón del observador, al filósofo le hace llorar, porque en ello va envuelto un respeto a la autoridad paterna emanación de la autoridad divina, y esa ternura, ese cariño, y esa gratitud del padre de la novia al pronunciar tan sublimes frases. Tras de este regalo, hacen lo mismo los padrinos, y concurrentes pero sin previo permiso, sólo con aquellas palabras, *«quisiera que fuese una cosa como El se merece»*. En pos de ésto los bizcochos, el licor, el vino, los brindis que también tienen su fórmula especial. Cogida la copa o vaso, se dirigen a la persona que tratan de brindar, y con cierta timidez, pero con sinceridad, le dicen: *«brindo y allá va por la de V. su yerno, fulano, sus hijos (aquí sus nombres) y por todas aquellas personas que V. bien quiera»*. El sujeto a quien se le brinde, coge la copa después de haberla gustado el otro, y con suma gratitud contesta: *«V. es una de ellas»*. Luego que acaban los brindis y se acerca la hora de comer se despojan de la mayor parte de las galas, y quedando en la casa la familia de más confianza principia la comida, hasta que la misma termina reina la misma animación y así del mismo modo llega la noche en que todos se despiden y queda por aquel día la boda terminada. Al siguiente o sea el de las *mocicas*, todos los deudos van a la casa a obsequiar los novios con aguardiente y bizcochos; y generalmente hay baile. En el primer día festivo después del casa-

(96) A mi entender, todo un símbolo de virginidad y pureza.

miento, vuelven a reunirse los padrinos y algunos individuos de la familia, y sacan a misa a los recién casados lo cual concluye también con un ratito de fiesta. Después de estos periodos de ventura, los novios aprovechan para disfrutar cualesquiera diversión que haya en la Ciudad, bien, feria (97), Corpus (98) u otras análogas (99), y terminadas éstas, viven como vivían sus mayores, o lo que es lo mismo víctimas en todo de su ignorancia, y juguete de los que ocupan posiciones sociales más holgadas. No aprenden más ni olvidan lo poco que les enseñaron de niños; triste en verdad es confesarlo, pero estas pobres gentes no adelantan ni un poco siquiera en el camino de la civilización. Ya en otro lugar explanaremos este pensamiento, y en el interin puesto que hemos descrito aunque de un modo desaliñado las costumbres de nuestras aldeas y alguna de la Ciudad, completaremos el artículo ampliando las últimas. Aquí se desliza el tiempo con la mayor monotonía, iguales, idénticos, los días transcurren, avanzando visiblemente al término de la existencia, sin que el más leve acontecimiento venga a turbar su tranquilidad, tan dulce para el que disfruta la bienchosa paz de la conciencia, y sólo tenga por ambición el amor a sus hijos y las dulzuras del hogar, como triste y amarga para el que codicioso de riquezas y honores, le parece estrecho el límite de una pequeña ciudad, donde forzosamente ha de ahogar sus aspiraciones, por carecer de medios y elementos para ver realizados sus planes. El menor incidente ocurrido en la población, no tan sólo preocupa, sino que suscita la curiosidad y es objeto de mil conversaciones. La muerte de un individuo produce una emoción general, porque aquí las impresiones son tan vivas, permanentes y profundas. La llegada de un forastero, saca de sus casillas a todo ser viviente como vulgarmente se dice, y

(97) Por privilegio de Carlos III, de 16 de mayo de 1688, se le concedió a Alcalá que pudiese hacer una feria perpetua desde el día 12 al 20 de septiembre; Feria de San Mateo que, por fuerza de la costumbre, se ha ido retrasando en unos días. En tiempos de la autora celebrábase entre los días 21 y 25.

(98) La festividad del Santísimo Sacramento es una de las más antiguas de Alcalá, y en la que participaban todos los estamentos de la ciudad, junto con hermandades y cofradías. La tiene documentada desde el siglo XVI, MARTÍN ROSALES, FRANCISCO, en su citado *Toros, teatro...*, así como a las típicas danzas de gitanos que las acompañaban.

(99) A estas fiestas hemos de sumar la de las cruces de mayo, si nos atenemos al posterior testimonio de RODRÍGUEZ, Jesús, en su citado artículo: «Cruces había muchas de diferente tamaño (...) por el mes de mayo las adornaban con cintas y papeles de colores. Antes habían sido encaladas. Pues bien, para festejarlas, varios hombres con sus caballerías traían algunas cargas de romero para quemarlo en la noche. Estos hombres hacían sonar unas caracolas con un sonido muy peculiar y los chiquillos y personas mayores los vitoreaban. También en aquella noche se quemaban esteras y muebles, sillas viejas y otros objetos. También existía la costumbre de *rodear las lumbres*, hogueras que se encendían las noches de La Candelaria y San José». Estas cruces son resto de un antiguo Viacrucis.

cosa extraña, antes de las veinte y cuatro horas, sin ver por donde ni cuando, se sabe su origen, cómo se llama, cuál es su estado, si es rico, pobre y lo que es más, qué objeto le trae al pueblo. En estas localidades cunden las noticias con la mayor rapidez; se abultan los hechos de una manera prodigiosa; la vida privada de cada individuo, se conoce al pie de la letra; se habla de todo y, a veces sin entender la mitad de la cosas. En, resumiendo, un pueblo de esta importancia, una gran casa en cuyo seno se alberga una numerosísima familia; y como quiera que en la familia, siempre ha de haber rencillas y disgustos ocasionados por la diversidad de caracteres de los individuos que la componen, también en estos pueblos, preciso es reconocerlo, no reina esa dulce armonía que debiera ser tan grata en estos centros, donde careciendo de otros recursos, el amor de la familia y el cariño de la amistad son los más puros goces que transportan el corazón. ¿Y sabéis en qué consiste ésto? En que aquí las ofensas que se infieren, no pueden relegarse al olvido, pues la presencia de cualesquiera de los enemigos, es causa para que se reproduzcan las heridas, que el tiempo hubiera cicatrizado mediando alguna ausencia. Y no se crea por ésto que hay perversidad de instintos en estos habitantes, no; antes por el contrario. Son religiosos, y tratándose del culto que se tributa a los Santos Patronos titulares de esta Ciudad, Nuestra Sra. de las Mercedes y Sto. Domingo de Silos, son si se permite la palabra, hasta exagerados. Bien es verdad que su devoción, su fe viva, se sostiene y fortalece con mil hechos maravillosos. Si al pueblo aflige una calamidad, ya de escasez ya de abundancia de lluvia, se implora con fervor el amparo de la Virgen, y en el momento cesa la aflicción; si las guerras amenazan, si las epidemias le cercan, si el hambre se presenta con sus horrores, los vecinos de Alcalá piden a la Virgen, ruegan a Sto. Domingo y el hambre, las epidemias, y la guerra, desaparecen de nuestro suelo. Por eso desde el potentado al bracero, desde el absolutista al republicano, todos, todos, veneran con entusiasmo a sus patronos, les hacen cuantas ofrendas les permiten sus circunstancias, tributándoles un culto lleno de magestad y esplendor al par que de consuelo y caridad. De esplendor por los fuegos artificiales, música y procesiones; de consuelo, porque con los fondos que se recolectan se hacen limosnas a los pobres y se alienta y anima la educación de varios jóvenes en 2.^a enseñanza. Aún hay más. No es tan sólo el sentimiento religioso el sello característico de los alcalainos; es también el amor al trabajo especialmente en los industriales y braceros. Si no, oid. Apenas el canto del gallo, su canto misterioso, interrumpiendo el silencio de la madrugada, se ha dejado oír, anunciando la hora de despertar (reloj el más seguro para las clases trabajadoras), apenas las rosadas tintas de

la Aurora han invadido el Oriente, el labrador coge su esteba (100), sus utensilios de labor y marcha presuroso al cultivo de sus tierras; el menestral en su taller; el jornalero en la plaza pública, esperando su jornal. En tanto la cariñosa madre, la leal esposa, acarician sus hijuelos, los despiertan dulce y cariñosamente de su dulce y angelical sueño, y entregadas a sus cotidianas tareas, trabajan y trabajan y se afanan, si no por aumentar su fortuna, al menos para conservar y distribuir acertadamente los pocos recursos que poseen. Los ricos, los favorecidos de la fortuna, esos no dejan el mullido lecho hasta las diez o doce de la mañana, es muy ordinario madrugar. En cambio la mujer del trabajador, del artesano, ni que éste sea bueno, ni que alguna otra vez se embriague, ni que juegue, ni que se abandone en fin, ella impertérrita no descansa, no duerme, siendo verdaderamente una esclava de sus deberes; y aunque tenga el corazón dolorido por el desvío o deslealtad del ofuscado esposo, y aunque mire en torno suyo, el hambre, la desnudez, la miseria, la muerte, siempre es la esposa fiel, siempre la honrada madre, siempre la mujer moral y religiosa, y siempre finalmente la que en las tribulaciones de esta triste vida prueba con su resignación, a donde llega la hermosura de su alma, y hasta qué punto eleva su espíritu, penetrando en las regiones de lo infinito.

Resta aún. Las señoritas de alta alcurnia, las que ocupan distinguida posición, ora sea debida a la nobleza de origen y fortuna por herencia, ora a los caudales adquiridos de una manera rápida merced a la precipitada marcha de la época, ello es, que son también extremadamente religiosas, frecuentan los templos en las muchas novenas, en las grandes festividades; lucen sus pomposos pero serios atavíos, sin que ésto evite para que en el teatro, en los bailes y otros espectáculos públicos, luzcan igualmente sus ricos adornos de oro y pedrería; siendo una gran parte de esta jerarquía social víctima sacrificada a los rigores y tiranía de la moda. Son sin embargo felices porque no viven como en las capitales dentro de esa constante agitación, donde se mueven como en continuo tropel, todas las pasiones que por desgracia agitan el corazón humano. Participan también de ciertas reminiscencias o preocupaciones tradicionales en esta localidad. El Domingo de Ramos es

(100) No es muy concorde con la realidad la definición académica. En concreto, se trata de una vara larga en la que en uno de sus extremos se ha introducido una punta de hierro para con ella agujinear a los bueyes y, así, estimularles; en el otro extremo tiene una pequeña paleta de hierro útil para desprender la tierra húmeda que se adhiere a la reja del arado. También existen estebas con uno u otro admiculo. En la provincia de Jaén reciben, igualmente, los nombres de *bestoga* o *bestova*, los que, en definitiva, se corresponden con la voz castellana *béstola*, arcejada.

de rigor que los hijos estrenen algún trajecito (101); que en ciertas horas y determinados días de feria, han de ir acompañados de las esposas y niños para reponer la cosa del cristal y vidriado; en las platerías para adquirir los aderezos que están más de moda y al paseo para exhibirse ante la inmensa concurrencia que invade aquellos días las avenidas y puntos más céntricos de la población. Pudiéramos hablar completando un cuadro de las costumbres de esta ciudad; que en lo antiguo había una congregación que se ocupaba en pedir limosna para decir misas por los que estaban en pecado mortal (102). ¡Era aquello pavoroso! Al toque de ánimas, en esas noches del crudo invierno en que el cielo cubierto por negras nubes, no deja paso ni aún a la pálida luz de las estrellas. En esa hora en que todos dispónense al descanso, buscando el tranquilo sueño, en medio del silbido del furioso huracán, del monótono son del agua que cae de los tejados, se oía el lúgubre sonido de una campanilla de mano; en pos de él y en las escrucijadas de las calles, otro sonido más triste, una voz aterradora pronunciada por un bajo profundo, decía a los vivientes: «*¡haced el bien dando una limos-*

(101) De uso muy extendido; de ahí la frase: «El Domingo de Ramos quien no estrena se queda sin manos».

(102) En definitiva, era una cofradía de ánimas —de «animeros»—, de las que, al parecer, hubo varias en Alcalá. María del Pilar Contreras se refiere, como hemos visto en nota núm. 48, a la que diese culto a la imagen de la Coronada en la iglesia de la Caridad. Que sepa, esta cofradía no ha sido estudiada.

A lo dicho podemos agregar el testimonio de Antonio Guardia Castellano —pág. 42 de sus citadas «Tradiciones Populares»—:

«Práctica antigua era en la primitiva Hermandad de las Ánimas, tener un demandadero que en las vísperas de los días festivos y ciertas fechas por la Hermandad señaladas, recorría las calles de la ciudad a altas horas de la noche, recordando a los hermanos los cultos piadosos que según sus estatutos se habían de celebrar al día siguiente en la iglesia donde la Hermandad radicaba, por las almas de todos los hermanos difuntos y por todas las que estuvieran en *pecado mortal*. Dicho demandadero llevaba una linterna con un cristal verde en el cual había pintada una calavera entre dos tibias en cruz, símbolo de la muerte, y después de un repique de campanilla a la puerta de cada un hermano, entonaba una canción lastimera que variaba según la festividad del día, pero cuyo estribillo que siempre era el mismo, decía así:

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuando.

Como era natural, los niños y las doncellas asustadizas, que alguna vez no habían podido resistir la tentación de asomarse temblando a la ventana y habían visto la pintura macabra de la linterna verde del *Pecado Mortal*, escondían la cabeza entre las sábanas, perseguidos por la visión horrible de la calavera, cuando oían a sus puertas el cantar agorero que les anunciaba la muerte.

Y por mucho tiempo después de desaparecida esta costumbre, se solían asustar a los niños diciéndoles: «¡Que viene el *Pecado Mortal!*!».

na, por los que están en pecado mortal!». El hombre desaparecía, sólo el reflejo de una ténue luz metida en una linterna de cristal de color morado, era la que irradiaba pobremente en las fachadas de las casas (no había alumbrado público). Los pequeñuelos que no tenían sueño y que las pícaras de las nodrizas o niñeras les agujoneaban porque se durmieran, apenas oían aquel fúnebre clamor, si estaban en la cocina al abrigo de la lumbre, huían despavoridos a ocultarse en el regazo de las madres, convulsos sin aliento, y sin atreverse a respirar; y todo ésto, conozco algunos hombres con canas, que aún sueñan con aquella especie de alma del otro mundo, que venía por el miedo a llevarse las que habitaban por aquí. Otra de las hermandades que es antigua pero que aún se conserva es la de la Aurora (103). Está compuesta de trabajadores del campo. Ni la nieve, ni el hielo, ni las persecuciones, ni fuerza humana ninguna, le ha podido separar ni aún remotamente de su constante devoción de cantar salves (104) o las oraciones de los días

(103) Antiquísima es en Alcalá la Real la Hermandad de Nuestra Señora de la Aurora —al menos, desde finales del XVII— y, por tanto, la tradición de que sus cofrades cantarían en las mañanas de los sábados acompañándose con guitarras, campanas y laúdes —aunque, como hemos visto con anterioridad, lo más característico y constante era el son de la campanilla—, solicitando una limosna para Nuestra Señora de la Aurora, o algunas obras benéficas. También, entre sus costumbres destacaban la de asistir a misa por las mañanas, rezar el rosario, estar presentes con sus cantos en otras fiestas religiosas o, durante las matanzas y en tiempos de Navidad, cantar divertidos aguinaldos como el siguiente:

Vamos cantando,
a la vez que pedimos,
el aguinaldo.
¡Que le den
con el rabo
de la sartén!

Con nuestro siglo, prácticamente, se redujo su piadosa actividad a la ronda de los aguinaldos, que se iniciaba el día ocho de diciembre, y a la *despertá*, en la madrugada de los sábados a domingos. La cofradía poseía unos hermosos y artísticos faroles, entre los que destacaban uno que representaba una fuentetaza.

La imagen titular fue venerada, como quedara dicho, en la iglesia de la Veracruz, trasladándose, en 1791, por orden del abad Palomino, a la iglesia de la Caridad —donde permaneció en tiempos de María del Pilar Contreras—; posteriormente tuvo su sede en la iglesia de San Antón —1941-1957 y 1975-1993—, donde su hermandad acabaría por refundirse con otras ubicadas en dicho templo, la del Sr. de la Misericordia y la de San Antón. Vid. BERMÚDEZ BERMÚDEZ, José Luis: «Presente de tres Hermandades», en *Alcalá a su Patrona*; Alcalá la Real, 1976.

(104) José Luis Bermúdez, recoge la siguiente dentro del trabajo que reseñáramos en la nota anterior: «Dios te Salve, Virgen pura, / reina del cielo y la tierra, / madre de misericordia, / de gracia y pureza inmensas. / Vida y dulzura en quien vive / toda la esperanza nuestra. / Virgen, esta salve ofrezco / a tu pureza y corona / para que nos des salud, / aquí paz, y después, gloria. / Al mirar el sacramento / la de la Gloria —dulce prenda—, / y la pura Concepción / —María, de gracia llena—, / sin pecado original, / por siempre alabada seas».

de misa (105), ni por la mañana antes del alba celebrar la de la aurora precedida de otras salves cantadas en la puerta de los hermanos que dan limosna (106). Esto es la antítesis de aquello. La del pecado mortal respiraba horror, luto, tristeza. La de la Aurora, el despertador agita una campanilla a la media noche, pero con una vibración alegre, y en medio de la soledad de las calles entona unos cantos tan sencillos, tan sublimes, que no solamente a los cofrades sino a todo el que los oye, le despierta el deseo de respirar el hermoso ambiente de la madrugada, disfrutar esa grandeza de la

Pero esta salve no era la única, las había más o menos extensas, dependiendo de que se cantasen unas u otras, según la largueza de la limosna que ofreciere la persona que solicitase la salve. De aquí la figura del «demandadero», demandero, el hermano a quien se le solicitaba el rezo y quien portaba un cepillo para recoger la ofrenda. En algunas aldeas portaban costales, puesto que la limosna solía ser en especie: trigo, cebada, etc.

Queden dos salves de muy distinta extensión. Sea primera la más amplia y la que continúa a la anterior: «A tí, Reina, suspiramos, / gimiendo y llornado pena. / Ea, pues, dulce Señora, / A Jesús, fruto bendito, / de tu vientre, hermosa perla; / ya, después de este destierro / en el cielo nos lo muestras. / ¡Oh, clementísima Aurora; / oh, piadosísima Reina; / oh, dulce Virgen María, / por nosotros a Dios ruega / para que seamos dignos / de alcanzar la gloria eterna! / Amén, Jesús, con que acabo / la salve de aquesta Reina».

Por último, dejemos constancia de otra muchísimo más escueta, en realidad es una salutación a la Virgen: «La palabra de la salve / es palabra artillería, / que todo el infierno tiembla / en diciendo "Ave María". / Nosotros que la recemos / y el ángel que la reciba».

Remitimos al lector interesado sobre textos a Francisco Martín Rosales y otro, «Alcalá la Real: cancionero, relatos y leyendas»; págs. 523 y sigs.; Edit. Ayuntamiento de Alcalá la Real, 1993.

(105) Caso de que fuesen oraciones especiales, no tengo noticia de ellas, aunque, supongo, serían las propias de la celebración eucarística.

(106) Aparte de las salves, son numerosísimas otras canciones de la Aurora alcalaína, como éstas recogidas por José Luis Bermúdez en el artículo citado en núm. 104:

Los hermanos de la campana
por calles y plazas salen a pedir.
No le temen al frío, ni al agua,
ni a las malas noches que pasan por tí.
Al balcón de los cielos se asoma la Aurora brillante
bella emperatriz,
pues los ángeles, todos, se alegran,
al ver que el rosario principia a salir.
Como Madre y divina, Señora, tenemos
tus hijos esta devoción,
al salir con el Santo Rosario
y, así, ganarnos la eterna nación.

Por su parte, María de los Dolores de Torres Rodríguez de Gálvez en su conocidísimo *Cancionero popular de Jaén* —pág. 97; Edit. I.E.G.—, recoge que: «En Alcalá la Real había la costumbre de salir primero algún cofrade de la Hermandad del Rosario, cantando una canción para *despertar* a los demás hermanos; a dicha canción y a quien la cantaba le decían los *despertadores*».

salida del día alabando a la Aurora mística, y elevando el espíritu al Creador Omnipotente de tanta maravilla.

Hay también otras costumbres antiquísimas. Las romerías a San Isidro (107), a San José (108), a Santa Ana (109), a la Virgen de la Cabeza (110), pero en todas ellas se ve poco más o menos lo mismo que en las

(107) En realidad, en Alcalá existen dos fiestas de San Isidro: San Isidro el Viejo, en las Caserías; San Isidro El Nuevo, en Acequia. Creemos que Contreras cuando habla de romerías viene a referirse, por lo común, a las fiestas de las aldeas.

(108) En la Rábita.

(109) En la aldea del mismo nombre. A las que habría que sumar, entre las más conocidas, las de las Flores, San Jerónimo, Cristo del Perdón, San Roque, San Juan Bautista, San Vicente, Ntra. Sra. del Rosario, etc. El segundo y último día de las fiestas de las aldeas recibe el nombre de su santo titular en cariñoso diminutivo: San Juanillo, San Roquillo, Santa Anilla, etc.

(110) Con posterioridad, casi treinta años después, María del Pilar publicaría su «Romance descriptivo de la Romería anual al Santuario de la Virgen de la Cabeza» —Impta. de Antonio Álvarez; Madrid, 1909—, y el que la autora dedica a su cuñado Moisés, Hermano Mayor de la Cofradía de Alcalá la Real, quien le facilitará la información precisa que, unida a sus recuerdos, le permitió redactar una relación detallada. El poema concurre al concurso celebrado en Andújar con ocasión de la Coronación de La Morenita, no siendo galardonado, según la autora pone en voz del jurado, por «referirse a hechos y cosas que antaño sucedían pero que hoy no suceden», algo que nos lo hace más valioso. Por nuestra parte nos limitamos a anotar lo puramente alcaláino hasta la llegada a Andújar:

«Recorre la *publicata* / las calles, y deja en ellas / como un rastro de alegría / que en el corazón se entra (...). Son los acentos vibrantes / de las campanas, que echan / a vuelo en señal de gloria / para engrandecer las fiestas. / Son los cohetes, que silban (...) el batir de los tambores / que en el corazón resuenan / redoblando sus latidos, / son los vítores, que atruenan / en el espacio; las hachas / encendidas que llamean; / son las manifestaciones / entusiastas y sinceras / de los pueblos, que acompañan / a su Junta, y que acrecienta / el latir de corazones / y el fervor de las creencias.

Formada la Cofradía / con la Junta a la cabeza / y el digno Hermano Mayor / que sus insignia ostenta; / los cofrades con las bandas / cruzando el pecho, penetran / de la multitud seguidos / en la principal Iglesia / del pueblo, y después de oír / la obligada misa, ondean / con entusiasmo en los aires / la tradicional bandera, / y se organiza la marcha, / que es lucidísima y bella.

Ven los romeros ginetes / en potros de resistencia / y en caballos enjaezados, / con andaluz majeza, / que van luciendo arrogantes / ya albarda con madroñeros, / ya silla de airoso porte; / firme brida, recia espuela; / delante la rica monta; / atrás, la alforja repleta.

Las mujeres adornadas / con joyas y ricas prendas, / hacen el largo viaje / sobre pacíficas yeguas, / y en las cómodas jamugas / que cubren colchas soberbias, / entre cuyos lindos flecos / los almohadones ostentan / ricas boquillas de encajes (...). La vistosa comitiva / vitoreada y contenta, / va recorriendo los pueblos / donde en igual forma esperan / las Juntas y Cofradías (...) y en cada pueblo que llegan, / se funden los corazones, / se saludan las banderas, / se desborda la alegría / en mil formas... ¡y se reza! / Se reza el santo rosario / por el capellán, y mientras / a devoción tan piadosa / la Santa Hermandad se entrega, / tiene el Hermano Mayor / en sus manos la encomienda / divina; la enseña santa; / el cetro, donde se ostenta / la imagen de la gloriosa / Virgen de Sierra Morena (...) Alcalá, el Castillo, Mar-

fiestas de las aldeas (111). Grupos de familias bailando; otros engullendo sendos trozos de salchichón y descomunales vasos de vino; borrachos fastidiando a los concurrentes; vendedores, de arropia, garbanzos tostados y avellanas americanas. Perdonavidas adornados de sus terribles y mortíferas facas; jóvenes que para celebrar el santo le hacen una descarga cerrada de más de cuarenta tiros; novios que muerden de celos; novias que varían de amores, con la misma facilidad que cambian las veletas de posición según que corre el viento; madrecitas que refunfuñan porque sus hijas están finas con zetanito, que les es antipático y grosero; jamonas que se pican porque las muchachas les corren el velito de sus ilusiones, y se encuentran de patitas en la triste realidad de su vejez; y por lo tanto en repulsión constante con el pícaro Cupido; y maridos y padres, que cual otro Job a todo dicen amén. En la Romería de la Virgen de la Cabeza (112) que se celebra en una

tos, / donde algún reposo encuentran; / después Torredonjimeno, / Villardompardo, Escabuela, / Arjona, pueblos y pueblos» (...).

Y así, en el epílogo, romancará el regreso:

«Al llegar las cofradías / a cada pueblo, se expresa / con vivas aclamaciones / y músicas que corean / turbas alegres de chicos / tocando con viva fuerza / los pitos que los romeros / reparten a manos llenas» (...).

Conviene apuntar que la referida *publicata* celébrase el sábado anterior a la romería, visitándose la casa de los responsables de la cofradía con banda de música, etc.

En definitiva, es un acto bien parecido al que celebrábase en Andújar y era conocido como *publicación de las banderas*, como podemos comprobar por el siguiente párrafo, en el que se recuerda lo acaecido alrededor de 1881, año en el que María del Pilar Contreras escribe el texto que nos ocupa: «Esta fiesta de la Virgen de la Cabeza, se ha venido siempre celebrando el último domingo de abril, y dos domingos antes se anunciaba saliendo la cofradía con sus centros y banderas, y acompañada de una de las bandas de música de la población, que turnaban para esta fiesta, y después de oír misa en la Capilla de la Virgen, iban por calles y plazas, por mañana y tarde, haciendo lo que se llamaba la publicación de banderas al son de la música, y parándose en algún altozano, donde los portadores de las banderas hacían alarde de sus puños haciéndoles *revoletear*». DELGADO CASTILLA, A.: «Narraciones Folklóricas: Romería de la Virgen de la Cabeza», número extraordinario de *El Guadalquivir*; Andújar, 21 de abril de 1928.

(111) Anterior a estas romerías fue la de «La Coronada», en la Fuente del Rey. Tradición perdida cuando escribe el manuscrito la Contreras; la hermita también estaba derruida entonces.

(112) Aunque reincidentamos en buena parte con lo ya dicho en la nota anterior, merece la pena reproducir en parte los «Recuerdos de antaño» de IBÁÑEZ SÁNCHEZ, José —en *Programa de la Romería de la Virgen de la Cabeza*; Alcalá la Real, 1990—, en los que rememora lo acaecido en 1927, año en el que se conmemoró el VII centenario de la aparición al pastor de Colomera:

«El último jueves del mes de abril (...) y siguiendo la tradicional costumbre, se reúnen en el lugar conocido como el Torcalillo. Encabeza esta cofradía su Hermano Mayor (a quien acompaña la hermana «mayora»). Se pone en marcha la caravana, compuesta por las más diversas bestias, tal como caballos, yeguas, mulos y hasta burros, eso sí, muy bien enjaezados,



ermita extramuros de la Ciudad al N. de ella con la advocación de San Marcos (113), se observa la misma costumbre; se diferencia sólo en que ponen una grande tienda de campaña, sujeta en su centro con un madero a la manera del palo mayor de un barco, y por los extremos y en forma circular, por unas gruesas cuerdas dadas de sebo. El joven que por estas cuerdas o maromas llega a la cúspide de la tienda, de seguro saca novia en la romería;

especialmente aquellas yeguas tranquilas que habían de soportar la carga de las más ataviadas señoras muy metidas en apretadas carnes que acomodadas en sus jumugas, de las que pendían largos flecos de las colchas de lana multicolor. El resto de las bestias que servían para llevar en sus lomos a los hombres, también eran portadoras de las viandas que para un período de cinco días se necesitaban y, lo que es más importante en esta clase de viajes, las botas repletas de buen vino que iban pasando de unos a otros sin descanso.

La ruta de esta peregrinación era: pasando por el Castillo de Locubín, donde se incorporaba la cofradía de esta localidad y siguiendo campo través hasta Martos, pueblo en el que finalizaba la primera etapa.

En la mañana del viernes, continúa la marcha hasta Andújar, que es el fin de la segunda etapa. Sigue a ésta la del sábado por la mañana hasta su entrada en el Santuario, donde después de oír la Santa Misa y cumplir con sus deberes religiosos, hacen su retirada por los mismos pasos, haciendo el domingo descanso en Andújar, donde aprovechan para proveerse de regalos y recuerdos para los que esperan, tal como pitos de barro, estadales y porrones para agua, pintados con los más variados dibujos y figuras alegóricas con respecto a la fiesta.

Tanto en viaje de ida como de vuelta, era muy de costumbre, tal vez para pasar el rato más divertido, el hacer uso de los dichos y piropos del más pésimo gusto, las palabras y bestiezas de todo género, pero que eran soportadas con la mayor indiferencia por los afectados y las carcajadas de risa por los que las escuchaban.

La peregrinación vuelve por los mismos pasos llenos de regocijo, de alegría y de cansancio, con el corazón henchido de gozo, satisfechos de su Virgen Morenica, cargados de recuerdos que muy pronto entregarán a los que esperan impacientes.

Martes, día primero de mayo, ya reunidos todos los cofrades hacen su entrada donde ya llevan horas esperando en el Torcalillo gran multitud de personas, grandes y pequeños, a que llegue la *gente del Cerro*, mientras tanto se consumían cientos de hornazos, que consistían en una torta de aceite con un huevo encima, cruzados por dos cordones de la misma masa.

Personal y bestias mezclados entre sí son el punto culminante de este recibimiento. Se repartían pitos de barro de agudo sonido, los pitos gruesos llamados cucos, de tono muy grave, hacen un contraste de desigual algarabía; entretanto, la campana de San Marcos, la de aquella ermita solitaria, lanzaba sin descanso a los cuatro vientos su interminable melodía de bronce, para sumarse al regocijo de los recién llegados romeros.

A esta interesante estampa costumbrista conviene agregarle una sucinta nota sobre algunos usos en el XVII, según aportara MARTÍN ROSALES, FRANCISCO, en sus reseñado artículo «Toros, teatro...»: «Comenzaban, prácticamente, este conjunto de fiestas con la Romería de la Virgen de la Cabeza, donde acudían los romeros con unos atuendos entre los que predominaban unos sombreros de fieltro y tafetán blanco. Los hermanos de la Virgen de la Cabeza eran, en su mayor parte, ganaderos y solían celebrar corridas de toros a lo largo del verano, y sobre todo en la segunda semana de septiembre con el fin de recaudar fondos para dicha cofradía».

(113) Esta ermita de San Marcos Evangelista fue construida a principios del XVI. María del Pilar le dedicaría un soneto en su libro *Entre mis muros*, pág. 15, del que reproducimos sus dos cuartetos:

la mozuela que tirando una piedrecita sobre la lona, al desprenderse de ella queda dentro del círculo que rodea la tienda, augurio feliz. ¡También saca novio! (114). Para concluir esta descripción no pasaremos en silencio otra costumbre que hay en un lugarcito llamado la Pedriza anejo a esta Ciu-

De las Cruces al pie y en su ladera,
un camino de curvas desiguales
va al lugar donde nacen los raudales
del agua que fecunda su ribera.
La Iglesia de San Marcos, pobre, austera,
descuella entre cipreses y jarales,
y a sus pies el Cauchil con sus frutales
y sus flores de eterna primavera.

(114) Y, aquí, también conviene recoger lo narrado por IBÁÑEZ, José —Vid. nota núm. 112—: «En el centro de la explanada de la iglesia de San Marcos, se levanta una tienda de campaña de unos siete metros de altura. En el centro de ésta, en el suelo, había una gran piedra redonda parecida a una muela de molino de harina de cuyo agujero central y en el sentido vertical se elevaba un grueso mástil de madera, que era sostenido por cuatro vientos de fuertes maromas de cáñamo y una muy fuerte lona de color grisáceo, bastante sucio, formaba aquella tienda de campaña.

Recuerdo muy bien que por aquellas maromas que, desde la cúspide de la tienda bajaban hasta las paredes que circundan el recinto cuadrangular, donde eran sujetadas a cuatro gruesas piedras, una en cada uno de sus lados, y en plan de apuesta, trepaban aquellos atrevidos mozalbetes para ver cuál de ellos llegaba antes a la cúspide de la tienda y en una plataforma de unos cincuenta centímetros de diámetro se sentaba el triunfador junto a la bandera que la coronaba. Conviene destacar que en estas hazañas, cada año se producían caídas peligrosas (...) de esta tienda de campaña ya desaparecida aún quedan algunos recuerdos de ella, tal como los crespones que adornaban su interior, que se encuentran guardados en las arcas de la iglesia de San Marcos (...). La misión de esta tienda era, por regla general, para albergue de los cofrades en la Sierra Morena, además de otros menesteres para el bien de la cofradía; cuando se instalaba en la placeta de San Marcos también tenía un fin práctico, porque yo recuerdo que en uno de los días primeros de mayo, cuando allí se celebraba una fiesta, servía para guardarse de las inclemencias del tiempo».

Por lo transcrito parece ser que su servicio de supersticioso vehículo propiciatorio de amores estaba perdido una veintena de años después, o la escritora sintió pudor de narrar una verídica tradición alcalaina y de la misma ermita de San Marcos —si seguimos a Martín Rosales y otro en el citado «Alcalá la Real, cancionero...»—, donde la pequeña imagen del evangelista, ubicada en una capilla frente a la puerta, posee un comprometido y abultado pliegue en su túnica y en el lugar que se corresponde con las ingles, al que las gentes llaman «bragueta». Se asegura que, si después de la celebración de la misa del día de la fiesta se le arroja una chinita desde regular distancia y acierta a dar en semejante sitio, casará de seguro.

Regresando al tema de la reiterada tienda de campaña, recojamos por su interés el testimonio de Jesús Rodríguez en su artículo reiteradamente citado: «Ante la misma vi varios años poner la tienda de campaña que le servía para la reunión de los cofrades cuando iban los romeros a Andújar a la Virgen de la Cabeza. En dichas explanadas algunos abanderados, hombres fuertes y musculosos, hacían preciosos despliegues con las banderas, pasándoselas por los pies, con una destreza increíble, mientras los tambores resonaban».

En Alcalá la Real, y desde siempre, debió existir cierto sentimiento de orgullo por la calidad de la tienda de campaña y de la bandera; a ellos dedicaría María del Pilar algunos versos

dad (115). Según tradición, hubo en los primeros años del siglo pasado, un hombre de esos que Dios permite sirvan de tipo a sus semejantes. Vivía en una triste choza, en un punto que llaman el cerro de la Cruz. Una tarde, a impulsos de la grande pasión que tenía por el zumo de la vid, no encontrando vino que beber, discurrió hacer un brebaje, pisando diez o doce kilos de habas, que conservaba en su humilde guarida; así lo hizo en efecto: pero viendo que de la operación resultaba poco líquido, le aumentó agua, y ya con esta mezcla diabólica, aquello no tenía gusto ninguno. En tal aprieto, y en la necesidad de beber algo parecido al vino, discurrió ponerle una porción de vinagre. Practicada la prueba vió que la cosa era buena. Se sentó en la puerta de la choza, y taza tras taza, lo agotó hasta las heces muy tranquilamente. A su debido tiempo principió a obrar el consabido brebaje; los dolores más agudos, la indigestión más terrible, amenazaban la existencia

de su posterior, 1909, «Romance descriptivo de la romería anual...». Más aún; con anterioridad, Pascual Madoz lo hace constar en su «Diccionario» —1845-1850—: «Para la de la Virgen de la Cabeza salía su cofradía que era muy numerosa antiguamente en dirección a Andújar, llevando una magnífica tienda de campaña y bandera y la expedición era alegre y divertida; en el día aunque el número de cofrades se ha disminuido mucho; todavía se celebra la romería, llevando como antes, la tienda y la bandera».

Por último, consignemos que esta tienda no era característica ni exclusiva de Alcalá la Real en la romería de Sierra Morena, pues muchas otras hermandades la poseían antes de que edificasen sus casas permanentes en el Cabezo; así, por cuanto concierne a la de Jaén, escribe Manuel López Pérez: «En el Cerro se alojaban en una tienda de campaña propiedad de la Cofradía, "de altura crecida y desproporcionada", hecha con lienzo embreado —lo que explica la pretendida suciedad que en la de Alcalá viera J. Ibáñez— y muy adornada de flámulas y gallardetes». En «El culto y la devoción a Ntra. Sra. de la Cabeza en la ciudad de Jaén», pág. 207, de las *Actas de la Asamblea de Estudios Marianos. Jaén*.

De todas formas es el antecedente por lo menos renacentista, de las actuales casas de las cofradías. En su «Panegírico Historial de Nuestra Señora de la Cabeza de Sierra Morena» —págs. 277-279—, de Manuel Salcedo Olid, libro impreso en Madrid por Julián de Paredes en 1677, se efectúa la siguiente descripción:

«A la falda del monte en algunos vallecillos, y llanadas, están puestas a trechos no muy distantes las tiendas de campaña de las Cofradías en sitios conocidos. Estas como grandes, y de altura crecida, y desproporcionada, son lo primero que se viene a la vista, y lo que al punto despierta la curiosidad, y el deseo de verlas sin tardança.

Están hechas de lienzo encerado, capacisimas, y muy vistosas, adornadas de flámulas, banderolas, y gallardetes de distintos colores, armadas con guindaletas, y maromas, que atadas en lo alto de muy derechos pinos, y fixas con fuertes estacas de hierro en el suelo aseguran los baybenes, y resisten los más furiosos vientos, y tempestades. Dentro de ellas están todos los aparatos de la cofradía (...) A las puertas de las tiendas que guardan soldados con alabardas, están hincados los pendones, y banderas, que tremolándose por el ayre, alegran mucho con los visos, y variedad de sus colores; de la misma suerte que cuando asientan sus reales un copiosísimo exército de soldados».

(115) Aldea de Alcalá la Real, la antigua Cantera Blanca, la que, con el transcurso del tiempo, se seccionaría en otros núcleos de población. Su nombre, presumiblemente, lo toma

de aquel semisalvaje. Clamaba al cielo, pedía misericordia, y cuando ya estaba próximo a reventar, se le ocurrió hacer una promesa. ¿Y crearás amadísima lectora, que ofreció mandar decir alguna misa, encender alguna luz a un Xto., o dar limosna para pobres necesitados? Pues si lo crees así, estás en un error. Asómbrate. Ofreció si salía salvo de aquella barbaridad, levantar una cruz (116) en lo más alto de un cerrillo inmediato; y al pie de ella, poner dos pilones, y mientras él viviera, todos los años en semejante día, llenarlas de vino puro, beber cuanto quisiera, y convidar a sus vecinos a que hicieran lo mismo. Afortunadamente, Dios en su infinita misericordia, se apiadó de aquel animal; salió bien de su indigestión y cumplió su promesa fiel y legalmente. Gastó su pequeño patrimonio en el vino que se consumió durante los días de su vida; pero como hay muchos del mismo gusto de Noé, respecto al producto del sarmiento, se reunieron, formaron una sociedad y distribuyeron en justa proporción todos los años, una respetable suma entre los asociados, consumen en las consabidas pilas, en barreros y otros cacharros, quince o veinte arrobas de vino, a cuya operación concurren los chicos y aun las mujeres de las sierras circunvecinas. Esta costumbre es tan respetada que se transmite de generación en generación casi como cosa sagrada (117).

Y a propósito de cosas sagradas. También hay en esta ciudad una cos-

de las famosas canteras de piedra blanca de grano fino, arenisca fácil de trabajar, muy utilizada en la zona y que dio origen al arraigo del oficio de la cantería en la propia Pedriza. De gran interés son los enigmáticos montones de piedra del lugar conocido como «Ciudad de las Nubes», así como las escalonadas tumbas antropomorfas excavadas en la ronca, en lugar de gran valor arqueológico.

La actual Pedriza comenzó a construirse a mitad del siglo XVIII y en el sitio de la Fuente Nueva. ¿Es en ésta donde sucedieran los acontecimientos narrados por Contreras? Remitimos a «Algunos datos sobre La Pedriza», en *A la Patrona de Alcalá la Real*, 1985.

(116) Al igual que nos interrogábamos en la nota anterior, volvemos a hacerlo ahora. ¿Es éste el origen legendario de la ermita de la Santa Cruz, enclavada en la antigua Pedriza? Sólo podemos estar abiertos a las conjeturas. Pero, por el contrario, la historia que narra la Contreras tiene visos de ser cierta o, al menos, de participar de la realidad.

Debo a Francisco Martín Rosales y a su impagable generosidad intelectual la información de sus investigaciones de campo.

Aún se conoce mayoritariamente en La Pedriza al dos de mayo como «el día del vino». Según se recuerda, se ponía un gran lebrillo lleno de vino y al que se acercaban las gentes, fundamentalmente pobres, para llenar sus «cantarillos» y tomarlo; si bien no faltaban quienes no lo bebieran para guardarlo.

El día tres de mayo se organizaba un baile, aunque, por igual, se tomara el vino. Por último, consignar las rifas, como puede serlo el de una «cayada» llena de roscos.

(117) Esta costumbre se encuentra perdida en la actualidad y, al parecer, desde hace bastantes años, pues no he encontrado testimonio literario u oral fiable que lo avale.

tumbre inveterada. En los días de Jueves y Viernes de la Semana Santa, se visten varias hermandades, unas de judíos, con colete de ante y adornos de balleta verde, calzón ceñido a la rodilla, media fina con sus lazos, y borcegui bordado de colores. La cabeza la cubren con una especie de turbante que deja caer por la espalda una manga terminada en punta aguda. Otros llevan el traje blanco, enaguas o albas y una corona de espinas, y los penitentes llevan túnicas negras y moradas: todos cubren el rostro con sus caretas. Desde la media noche del Jueves se oye el sonido de una atronadora trompeta cuyos roncós sonidos aterran y el de un destemplado tambor, prendas y destinos que se transmiten de padres a hijos con la mayor rectitud e imparcialidad. El Viernes por la mañana se saca en procesión solemne a la venerada imagen de Jesús Nazareno, a ella asisten los cofrades, cuadrilleros, cada cual con sus respectivas insignias y gallardetes: los apóstoles, con sus túnicas, los discípulos con sus albas, los judíos con sus colitas, y los penitentes con sus grandes colas que arrastran airosamente por el suelo. Va Pilatos, el buen ladrón y el malo, Barrabás y Longinos. Al llegar la procesión a un punto que nombran La Mora (118), se para; toda la grande extensión de aquel sitio se ocupa por un inmenso gentío. La imagen de Jesús colocada sobre sus andas se alza a la vista del numeroso pueblo: un silencio sepulcral domina en aquellos instantes. Sale Longinos guiado por un lazarillo, por entre dos filas que forman calle, dirígese a la sagrada imagen; hinca la rodilla; todas las miradas se fijan en este espectáculo; todos los corazones se agitan movidos por un mismo sentimiento; todos ansían ver el desenlace. Este no tarda. Longinos hinca la rodilla por segunda vez, y a la tercera dirige la lanza sobre el costado del Nazareno. Las trompetas esparcen sus roncós y agitados sonos, los tambores tocan como a generala. Torrentes de lágrimas brotan de aquel pueblo religioso y una voz universal, sublime, se oye en el espacio: ¡Viva Jesús Nazareno! Voz encantadora que repite el niño, el anciano y hasta las aves y los vientos (119). En épocas se ha tratado

(118) A la Semana Santa alcalaína dedicaremos la nota siguiente, a fin de comentar los pasos en su integridad. La Mora, o Paseillo de la Mora, frente a la iglesia de la Consolación y «en la parte inferior de la hermosa calle Real», debe su rótulo a la fuente de igual nombre, cuyas obras concluyeron en 1840.

(119) Que sepa, éste es el más antiguo y extenso testimonio literario sobre la Semana Santa Alcalaína, la que, no obstante ser una de las manifestaciones de religiosidad popular más importantes de la provincia de Jaén, no ha obtenido el riguroso y amplio estudio que reclama, si bien sobre la misma, que conozca y aparte de noticias más o menos divulgadoras, existen muy interesantes aproximaciones, como las realizadas por Francisco Martín Rosales —Vid. *Pregón de la Semana Santa Alcalaína, 1984*, Edit. Agrupación de Cofradías, Alcalá la Real, 1984. Del mismo autor, «Estampas de la Semana Santa Alcalaína», en *Diario Jaén*, 31-III-1985—, a quien, aparte de algunas observaciones y apreciaciones nuestras, seguimos para la redacción de esta amplia nota.

Fundada hacia 1551, la cofradía de la Santa Vera Cruz, dedicada al culto de la Cruz de mayo y del Jueves Santo, solía correr procesionalmente las calles del arrabal de su nombre hasta los primeros años de este siglo, en el que desapareció. Aparte de la común procesión de imágenes, la caracterizaba la representación del drama de la Pasión y otras escenas evangélicas y bíblicas con pasos tales como los de los ángeles y los arcángeles, el de los profetas, el de la muerte —tan medieval— o el de los Planetas, los que eran escenificados por cuadrillas. Así, en la de este último, sus figurantes se cubrían con grandes cabezas que simulaban astros y estrellas del firmamento. Por cierto, este paso provocaba más burlas y regocijos entre la muchedumbre que los permitidos en tan recogidas fechas, por lo que fue prohibido en 1785 por el abad Palomino.

Actualmente, los antiguos cuadrilleros de la Hermandad del Señor de la Columna representan el día del Jueves Santo el paso del prendimiento de Jesús y venta de Judas —restos de otros muchos, como azotes y verdugos, los doce apóstoles, etc.—, en el que un capitán vestido con traje dieciochesco, togado y cubierto con casco de penacho floreado —conjunto que malamente le hace pasar por romano—, así como una careta, «rostrillo», que le cubre las facciones de la cara, dirige los actos que, en el transcurso del itinerario tradicionalmente establecido, se repiten de una manera sistemática en los pequeños espacios abiertos o en las intersecciones de las calles. Desfilan unos sayones, de camisa y pantalón rojo y verde, en todo un bellissimo espectáculo colorista en el que se dieron cita, romanos con rostrillos de judíos de una ingenua maldad dibujada en los rostrillos, el capitán Longinos acompañado por un pequeño lazarillo judío con su evidente ceguera, sayones —vestidos a la antigua usanza, con labores de encajes, lentejuelas, terciopelo, tafetán y provistos de elementos de la Pasión: la manopla que simboliza la del soldado que abofeteó a Jesús, la túnica de púrpura, látigo, clavos; sierra, etc.— gallardete, cuadro del Señor de la Columna y, sobre todo, los apóstoles, quienes recogen la Santa Cena —portada por la mano de cuatro de ellos; en la mesa el cáliz y el pan ácimo—, encontrándose entre ellos la subrayada figura de Judas Iscariote, «Juillas». Visten túnica morada, toga cruzada y estolas, a la vez que muestran los signos que los identifican —llaves, libro, calabazas, hazcona, espada, escuadra, etc.— y llevan las caras cubiertas por unos rostrillos muy uniformes en los que se evidencia un rictus de tristeza.

Y, junto a lo plástico, la voz. Tras la llamada de una vieja trompeta de hojalata y el redoble de un tambor de piel, se procede a las coplas o pregones, los que efectúan unos individuos togados con sombrero de ala ancha y enlutadas cintas moradas, y que dan cuenta del prendimiento y venta de Jesús.

Ya llevan preso al Rey Divino,
con cruel sogá a la garganta;
vedlo como le tiraban
de aquella y sus carnes santas.
Y le dicen pícaro y traidor,
y hombre maligno,
hechicero y malhechor,
embustero y jugador,
y revolvedor del pueblo,
que por sus falsos enredos
tal sentencia mereció.

Ninguno le consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.

Judas con falsos intentos,
casa de Caifás entró
y junto a los fariseos
estas palabras habló:

—«Príncipes, ¿qué es lo que hacéis
de Jesús, qué estáis tramando?
Si algo más prometéis,
os lo pongo en vuestras manos».
Contesta el falso Concilio:
—«Treinta dineros te damos.»
Ninguno lo consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.

El Viernes Santo la Hermandad del Ecce-Homo realiza el segundo auto sacramental, mucho más amplio y en el que se desarrolla, como bien ha puesto de relieve Martín Rosales, el «que inaugurara el poeta Lucas Fernández, cuyos textos ofrecen claras concomitancias con los pregones que se cantan en cada una de las esquinas del itinerario», algunos de los cuales no han llegado hasta nosotros, como el que escenificaba la presentación de Jesús antes Pilatos, y el que se completaba con el juego de la túnica y la sinagoga.

En este día se asiste a escenas vivas de la Pasión como la del Cirineo. Simón, quien viste de morado, es sacado a empeyones de una casa y, tras fuertes tirones de los sayones, ayuda a Jesús en su pesada carga. También, Dimas y Gestas, el Buen y el Mal Ladrón, con túnicas y caperuces, respectivamente, y como recuerdos palpables de la Inquisición, blancos y amarillos, son arrastrados por su verdugo mientras se preguntan por el perdón. Igualmente, se expondrá el cuadro del Ecce Homo —uno de los momentos culminantes y de mayor emoción—, mientras Judas se alegra y regocija de la venta, a la vez que uno de los verdugos hace crujir con estruendo la rabiza de la honda, al tiempo que resuenan las roncadas trompetas y baten los rústicos tambores. Finalmente, el arrepentimiento y desesperación de Judas, así como el emocionante paso de La Lanzada, en el que Longinos atraviesa el costado de un pequeño crucificado, en el que se simboliza la muerte de Cristo.

En definitiva, se asiste, junto a la presencia de objetos simbólicos —caso de la comentada «manopla»— a la representación de una serie de escenas pasionales —el Cirineo, exposición del Ecce Homo, los Ladrones, la Verónica, la lanzada, la desesperación del apóstol traidor—, de las que ofrecerán justa relación los pregones del viernes:

Ya sale la gente armada,
casa de Jerusalén,
con gran tropel y algazara,
viendo lo que padecía
y que no se lograría
la muerte que ellos querían.
De él todo quedó vengado,
le arriman, pues, a un varón,
Simón Cirineo llamado.
Ninguno le consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.
El cual dijo ante Dios puesto:
—«Vedlo aquí, bien azotado
y de espinas coronado.»
Ninguno le consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.
Manda el Imperio Romano
que la muerte sea dada
a Jesús de Nazareno
en un madero que lleve.

¡Que muera crucificado!
Ninguno le consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.
Muchas gentes se asomaban
por ventanas y balcones
al tropel de los sayones.
—«¡Que muera Jesús clavado
en medio de dos ladrones!».
Sale su madre al encuentro:
—«¿Por qué te caes, Jesús?».
—«¿Cómo no quieres que caiga,
si llevo muerte de cruz?»
Como la noche era obscura
de relámpagos y truenos
Judas llevaba un farol.
Ya sale el sol de los soles,
Cristo Nuestro Redentor,
que sobre sus hombros lleva
la culpa del pecador.
Si, señor, así pasó:
tres horas antes del alba,
con una cruz en sus hombros
y un cordel en la garganta.
Judas, falso y embustero,
que vendistes al Señor
sólo por treinta dineros.
Ninguno le consuele ni alabe;
infiel que tal hizo, que tal pague.
Lleno de ira un soldado,
a un cadáver se acercó
y, de furia desalmado,
con un golpe de una lanza
le rompió el sagrado costado.
Y ninguno le consuele ni alabe;
sea el infiel que tal hizo, que tal pague.

Pero en toda esta representación existe un personaje fundamental merecedor de una nota adicional: Judas Iscariote, el «Juillas» de cabellos rojizos, de rostrillo que subraya la malignidad, dotado de linterna, la soga para la horca y el dinero de la venta; el Judas que, en los momentos de mayor solemnidad, distorsiona gravemente el necesario recogimiento, quien transgrede el acto esencialmente religioso o arremete contra quienes le insultan entre burlas —«Juillas, Cascariote, tu mama y tu papa te pegan en el cogote»—, casi siempre en provocaciones infantiles —«Juillas, que no me pillas»—. Es la encarnación del mal, quien pretende destruir el alto significado del Gólgota, es el pecado, es la risa y el escarnio ante el drama de máximo dolor. Estamos frente a un personaje angular al que, en mi opinión, habría que entroncar con «El chismoso», el jefe de los judíos en los desaparecidos pasos de Valdepeñas de Jaén, quien, en el más inesperado momento de la representación del paso, indicaba a sus tropas que capturasen y apaleasen a algún visitante forastero que presenciaba el paso, lo que realizaban para el jolgorio de los vecinos.

de suprimir esta costumbre, pero ¡ay del que tal cosa intentara: lo arrastraría la muchedumbre!, tal es el fervor religioso en esta localidad; y si se quiere otra prueba también de ello, seguidme en esta observación: Cuando el cielo se viste de oscurísimas nubes en cuyo seno guardan el destructor aguacero; cuando se deja oír el ronco estampido del relámpago; cuando el huracán arranca las mejores galas de la pradera; todos los corazones palpitan agitados por la misma emoción, todos los labios murmuran las mismas sentidas plegarias, todas las almas zozobran en un mar de incertidumbres. ¡Puede causar tantas víctimas! ¡puede arruinar tantas familias! Pero... por eso, con el llanto en los ojos y la fe en el corazón, rezan el Santo Trisagio, madres y esposas, mientras con trémula mano encienden ante la Virgen de su devoción la milagrosa vela del Santísimo, para ahuyentar la tormenta, temerosos más bien que de perder sus bienes el ver la destrucción de sus hijos queridos y especialmente los niños (120).

Hemos terminado de bosquejar las costumbres y usos más culminantes de esta Ciudad y sus aldeas, ya en lo antiguo ya en lo moderno. De todo ello se desprende que es un pueblo trabajador, honrado, religioso, pero que sumidas ciertas clases en la ignorancia, hay que repetir lo que digimos al principio: «La esfinge de la ignorancia ostenta su terrible y monstruosa forma para sonrojo del mundo civilizado, arrancando a la mujer del hogar, donde está su trono como esposa, y la misión como madre, obligándola a llevar deberes que no incumben a su sexo y por consiguiente superiores a sus fuerzas. Ingenios esclarecidos, plumas mucho más autorizadas que la mía, han aprobado el que la mujer como compañera del hombre ayude a éste en sus faenas. Nada vale mi humilde opinión, ni tan poco mis débiles palabras in-

Muchas otras consideraciones pueden efectuarse de la semana mayor alcalaina y de cómo sus representaciones han calado en el lenguaje popular, caso de la expresión «más ladrón que Getas», personaje éste que no es distinto a Getas.

Y es que la Semana Santa de Valdepeñas o la alcalaina, la del Castillo de Locubín, la de Alcaudete o Fuensanta de Martos, forman un tronco común —no obstante las evidentes diferencias, más acusadas por los tan restaurados textos— con la de la cercana de la provincia de Córdoba, caso de Puente Genil.

Además de los textos hasta ahora citados, remitimos al lector a: «Los pasos valdepeñeros: Una peculiar representación de la Semana Santa giennense», de INFANTE MARTÍNEZ, Juan: en *Lugia*, núm. 33, Valdepeñas de Jaén, mayo-junio de 1993; MELGAR REINA, LUIS y OTRO: *Saetas, pregones y romances litúrgicos cordobeses*, Edit. Caja de Ahorros de Córdoba, 1987; RIVAS MORALES, ANTONIO: *Alcaudete: Su Historia y tradiciones*, pág. 89 y sigs., Edit. autor, Alcaudete, 1989; *Estampas de la Semana Santa Alcalaina*, Edit. Esclavitud de la Humildad y María Stma. de los Dolores, Alcalá la Real, 1989.

(120) Del temor de las tormentas, las rogativas para implorar que no produzcan daños, etc., se ocupa ampliamente GUARDIA CASTELLANO: en pág.395 y sigs. de «*Leyenda...*».

fluirán para que la imagen deje de ocupar un tan bajo puesto en aquellos países que como en éste que describo, es aquella igual al marido en el trabajo material ya en cuantas operaciones agrícolas, penosas de suyo, ya en los talleres de industria; costumbre, hábito que será difícil de borrar; pero no por ésto dejaré de manifestar mis sentimientos con la franqueza propia de mi carácter. Creer que la mujer, uniendo el mísero jornal que gana con tantos afanes, al de su marido, puede aliviar en algo sus necesidades, es un error crasísimo: verdad es que el ingreso se aumenta, pero qué importa, ¿si falta en el hogar quien debida y convenientemente lo distribuya? Si la mujer olvidando los deberes que a su sexo incumben, ejerce los trabajos propios del hombre, dejando vacío el hogar que le está destinado, a la manera del pobre esquife que al entrar en la alta mar se sumerge en sus aguas por no llevar bien repartida la carga, el lugar falto de sostén, se resiente, tiembla, vacila, y al fin cae, porque faltando apoyo, porque ambos conyuges no nivelaron el peso del matrimonio. Mientras la mujer permanece fuera de la casa, los cuidados domésticos yacen en el mayor descuido, porque sería imposible a un tiempo abarcar ambas cosas; los deberes de una madre, llenos cumplidamente, forman el ideal de una familia; no cumpliendo estos preceptos, esta obligación trazada por la mano del Todopoderoso, la felicidad no puede existir. El hombre que por su parte exige de la mujer obligaciones que a su sexo no incumben; que le impone deberes, que por su aridez y dificultades no pueden avenirse a su modo de ser... ¿cómo ha de ver en ella la tierna y cariñosa madre de sus hijos, la dulce y leal compañera, que con sus finas atenciones embellecen los días de su existencia? De aquí parten esas situaciones especiales, en que la mujer se coloca, que son causa para que la sociedad siempre severa e inflexible, con sus víctimas, la censure cruel y acervamente.

Si en estos lugares se educara a la mujer concediéndola no más que la instrucción necesaria para el desarrollo de sus facultades, seguro es que por medio de ésta, llegaría el hombre a comprender, que si bien sus fuerzas físicas son muy superiores a las de ella, la supremacía intelectual, está de su parte, y por consiguiente, entre ellos sólo puede existir diferencia muy pequeña. Entonces la mujer recobrando su perdida influencia, sería doblemente útil a la humanidad. ¡Paso pues, a la mitad más bella del género humano! ¡Hombres ilustrados! no seáis egoistas con la tierna compañera que en el Paraíso os concedió la Providencia para alivio de vuestros pesares en este piélago inmenso que se llama vida.

Alcalá la Real, 15 de mayo de 1.881.

María del Pilar Contreras Alba».